

BOLSILIBROS
BRUGUERA

**CIENCIA
FICCION**

SERIE
la conquista
DEL ESPACIO

EL GRAN OJO

glenn parrish

CIENCIA FICCION



BOLSILIBROS
BRUGUERA

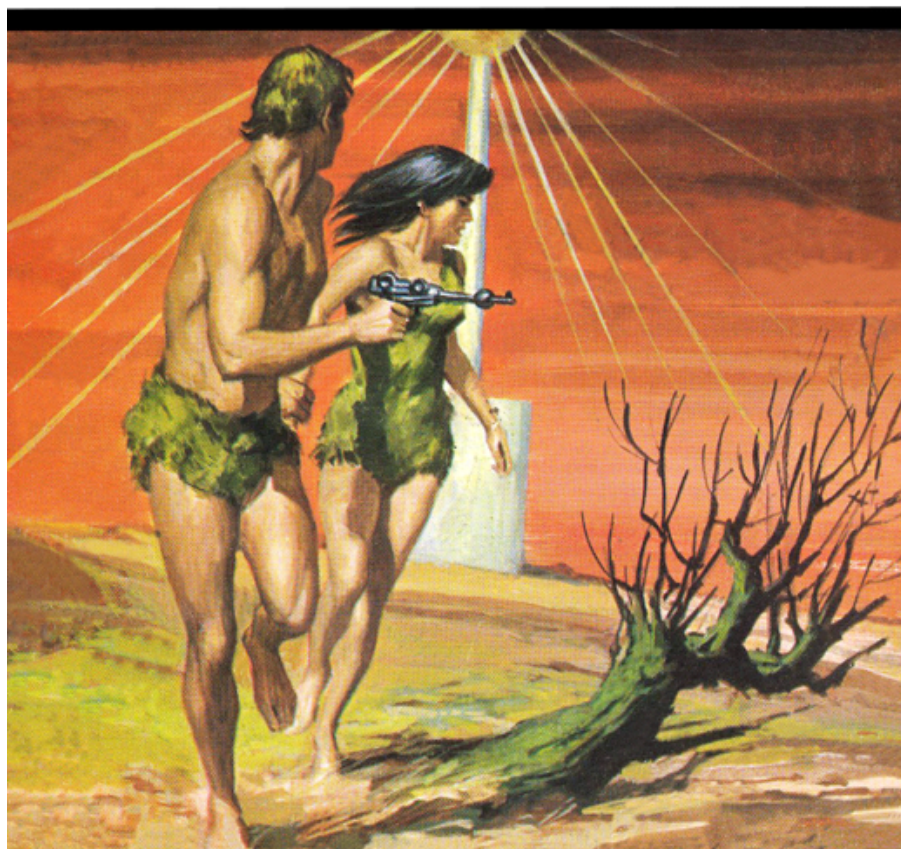
**CIENCIA
FICCION**

SERIE
la conquista
DEL ESPACIO

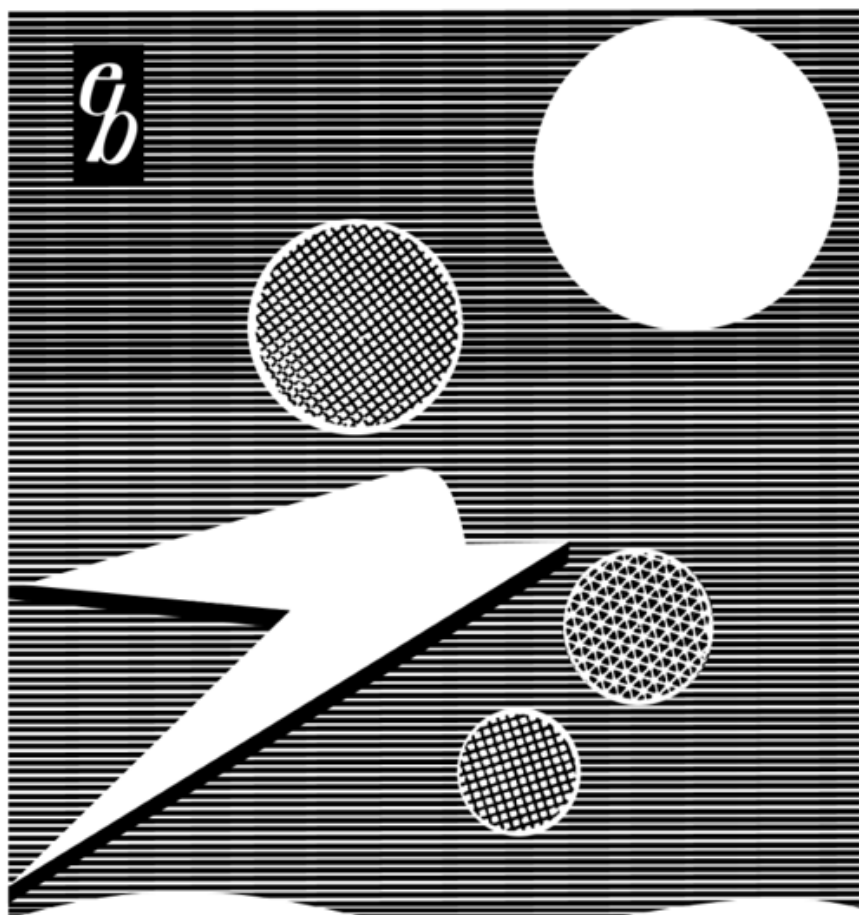
EL GRAN OJO

glenn parrish

CIENCIA FICCION



eb



LA CONQUISTA DEL ESPACIO

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Se complace en anunciar la incorporación a su prestigioso grupo de colaboradores de un autor cuyos lectores se cuentan ya por millares.

**LOU
CARRIGAN**

cuyas obras, verdaderas joyas de la literatura policiaca, aparecerán quincenalmente en la colección:

LA HUELLA

La intriga, el suspense y la acción incesante, son las características más acusadas de este autor cuyas obras le apasionarán sin duda alguna.

APARECERA A LA VENTA EN JUNIO

GLENN PARRISH

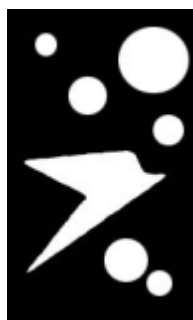
EL GRAN OJO

Colección

**LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º
202**

Publicación semanal

Aparece los VIERNES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

**BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS
- MEXICO**

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 16.719 - 1974

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: junio, 1974

© **Glenn Parrish - 1974**

texto

© **Antonio Bernal - 1974**

cubierta

Concedidos derechos
exclusivos a favor de
EDITORIAL
BRUGUERA, S. A. Mora
la Nueva, 2. Barcelona
(España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial
Bruguera, S. A.**

Mora la Nueva, 2. - Barcelona - 1974

Todos los personajes y
entidades privadas que
aparecen en esta novela, así
como las situaciones de la
misma, son fruto
exclusivamente de la
Imaginación del autor, por lo
que cualquier semejanza con
personajes, entidades o

**hechos pasados o actuales,
será simple coincidencia.**

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

- 197. — Los últimos marcianos. Glenn Parrish.
- 198. — Las lunas de Thorgan. Curtís Garland.
- 199. — El soplo maldito. J. Chandley.
- 200. — Mi robot, mi chica y yo. Glenn Parrish.
- 201. — Largo viaje hacia la nada. Curtís Garland.

CAPÍTULO PRIMERO

Dos soldados condujeron al reo hasta el poste de ejecución, al que le ataron con unas finas sogas. Un tercero cubrió aquel lívido rostro, en el que ya se advertía la blancura de la muerte, con un pañuelo negro.

—Le hacemos un gran honor —dijo el general Phitomir, mientras sacudía displicentemente con el meñique la ceniza de su cigarrillo—. No siempre se ejecuta a los condenados a muerte por un procedimiento ya en desuso desde hace más de ciento cincuenta años.

Arne Bickar asintió. Lamentaba la muerte de aquel hombre. El mismo lo había capturado, pero la ley, al respecto, era implacable: había sido capturado vistiendo un uniforme enemigo, para poder mejor realizar su misión de espionaje.

La ejecución era «a la antigua», incluidos los fusiles de repetición del piquete encargado de tan macabra tarea, pero los uniformes parecían arrancados de láminas en las que se hubiesen representado los soldados de Julio César cuando iban a la conquista de las Galias y de Hispania.

—Pudimos haberle enviado a una estación transportadora, disparándolo al espacio, sin poner en funcionamiento la estación receptora, con lo que su cuerpo no se hubiese reconstruido jamás. Pero preferimos, y él estuvo de acuerdo, en el fusilamiento «anden

méthode» —agregó el general Phitomir.

Las operaciones previas habían sido terminadas ya. El oficial que mandaba el pelotón de fusilamiento lanzó una rápida mirada hacia la balconada en que se hallaban los dos únicos espectadores del acto.

Phitomir hizo una leve seña de asentimiento. El oficial dio una orden.

Doce fusiles se pusieron horizontales. Luego se oyó una voz:

—¡Fuego!

Estalló la descarga. Arne volvió la vista a un lado; no quería contemplar las últimas convulsiones del cuerpo del reo, atravesado por doce proyectiles.

Pero todavía tuvo que escuchar un último y seco estampido: el tiro de gracia. Luego, el oficial encargado de la ejecución dijo en voz alta:

—¡Mi general, sentencia cumplida!

Phitomir agitó una mano. Luego se volvió hacia el interior.

—Está muy pálido, capitán —observó.

—No es agradable ver morir a un semejante, señor —respondió Arne.

—Era un espía, un traidor.

—Sí, lo sé, pero, a pesar de todo, no dejaba de ser un hombre.

Phitomir se encogió de hombros.

—La guerra no ha sido declarada entre Phorkus VII y Dimihane I, pero es como si lo hubiera sido. Nb deje de olvidar este importante detalle, capitán. Ah, y permítame que le diga que, como reconocimiento a sus méritos en este caso, le he propuesto para saltar tres grados de un golpe. Por tanto, confío en que la semana próxima la Oficina Suprema de Guerra le eleve al rango de coronel —respondió.

Arne se inclinó profundamente.

—Un honor inmerecido, mi general —dijo.

—Todo lo contrario; si alguien se merecía ese ascenso, ése era usted —sonrió Phitomir, a la vez que se encaminaba hacia la salida—. Buenos días, Arne—se despidió.

—Buenos días, señor.

Al quedarse solo, Arne lanzó una mirada hacia el patio. En la pared opuesta se veían las señales de las balas, algunas teñidas de rojo. Dos camilleros se llevaban ya el cadáver del espía, cubierto con una manta.

—Sí, aunque no se haya declarado, estamos en guerra con Dimihane I —suspiró.

* * *

Dos semanas después, Arne Bickar, ya con las insignias de coronel en el lado derecho de la coraza de su uniforme, entró en el despacho del jefe de Información.

El general Phitomir le recibió con una sonrisa llena de amabilidad.

—Coronel, permítame que le felicite por el ascenso —dijo—. Lamento no haberle podido ver hasta ahora, pero he estado sumamente ocupado. ¿Se siente satisfecho, Arne?

—Sí, señor, muchas gracias.

Phitomir agitó una mano.

—¡Bah, no me las dé; era cuestión de justicia! —contestó con acento banal—. Coronel, tengo que hablar muy seriamente con usted.

—Estoy a sus órdenes, mi general.

—Gracias. Verá, se trata de un asunto un poco... Bien, digamos, simplemente, difícil, pero resultará fácil para un hombre de sus cualidades. Como habrá podido apreciar, le han adscrito a mi oficina, aunque quizá usted hubiera querido mandar un par de cohortes de legionarios de vanguardia.

—En el ejército se obedece, señor, no se discuten las órdenes —

contestó Arne.

Phitomir se echó a reír.

—Brava respuesta —elogió—. ¿Una copa, coronel?

Arne asintió. Conocía bien a Phitomir, era astuto, inteligente e implacable. En aquellos momentos, tenía la seguridad de que le iba a encargar algo nada agradable, pese a sus palabras.

Phitomir se levantó y llenó dos copas del famoso vino rojo de Phorkus VII. Al entregar la suya a Arne, dijo:

—Cosecha del noventa y uno, coronel.

—¡Mmm...! —Arne olfateó su copa—. Vino de finales del siglo pasado.

—Así es, elaborado con uvas de cepas procedentes de vástagos importados de la mismísima Tierra. El suelo, aquí, es exactamente igual y permite que el mosto... —De pronto, Phitomir lanzó una risita—. Bueno, no estamos aquí para discutir los métodos de elaboración del vino, sino para saborearlo, mientras le entero de la misión que se le ha encomendado. Por consejo mío, naturalmente, ya que estimo es usted el único que puede llevarla a cabo.

—¿En qué consiste la misión, mi general? —preguntó Arne.

—Se lo diré en cuatro palabras: Dimihane I tiene cuatro estaciones emisoras-receptoras de transporte de cuerpos orgánicos e inorgánicos. Pero hay una de ellas, la número dos, destinada única y exclusivamente a fines militares. El Gobierno de Dimihane I cedió, aunque a regañadientes, esa estación a su ejército. Si tal estación fuese destruida, el ejército tendría que utilizar las tres restantes, por turno, lógicamente, con lo que sus aprovisionamientos de personal y pertrechos, en uno y otro sentido, se verían seriamente perturbados.

—Pero, entonces, el Gobierno dimihaniano podría cederles una estación y...

—No, no habría tal cesión; estamos bien informados de ello. Se les construiría otra estación transportadora, pero eso no es cosa de un día ni de un año siquiera. Usted ya conoce la delicadeza de los mecanismos de una estación transportadora; no se pueden fabricar en serie, sino por procedimientos puramente artesanos y probando miles de veces cada elemento, antes de ponerlo en funcionamiento, para

evitar más tarde perniciosos efectos. Le aseguro, coronel, que si consigue destruir la estación número dos, el ejército de Dimihane I tardará al menos tres años en disponer de otra.

—Muy bien, señor.

—Mi plan es el siguiente... En confianza, he venido preparándolo desde hacía muchísimo tiempo, sólo que no acababa de encontrar al hombre capaz de ejecutarlo. Hasta que usted no capturó al espía, no supe que era usted ese hombre.

—Muchas gracias, mi general.

—En sustancia, el plan es el siguiente: Disponemos de un uniforme y la documentación correspondiente, ésta del sargento Garh-Sarxis. La documentación es auténtica, porque la cogimos del cadáver de Garh-Sarxis, pero nadie lo sabe hasta ahora. Usted tomará su puesto y, en el momento en que le sea más propicio, volará la estación transportadora número dos.

Hubo un instante de silencio. Luego, Arne, lentamente, dijo:

—Si no he oído mal, tengo que adoptar la personalidad de un soldado dimihaniano, mi general.

—Sí, con el grado de sargento.

—Mi general, hace dos semanas se fusiló a un espía del que usted dijo era un traidor. Uno de los argumentos utilizados por el fiscal en el juicio fue que el espía había usado un uniforme enemigo, lo que era inmoral. Usted, en una conversación posterior, abundó en esa misma opinión.

—Y sigo sosteniéndolo, coronel —respondió Phitomir envaradamente.

—Entonces, lo que voy a hacer yo en Dimihane I es un acto inmoral y traidor.

—Eso es distinto, coronel; usted se debe a su planeta...

—Y el espía, ¿no se debía al suyo?

—¡Coronel —dijo Phitomir crispadamente—, tenga la bondad de no utilizar argumentos capciosos!

Arne sonrió.

—Cuando lo hacemos nosotros, es lícito, honesto y moral. Si lo hacen ellos es ilícito, deshonesto e inmoral. Pero, ¿acaso no es la misma acción, se proceda de donde se proceda y se vista el uniforme que se vista?

—¡Coronel! ¿A qué vienen tantas objeciones?

—Muy sencillo, mi general; simplemente, me niego a realizar esa misión. Lo inmoral es inmoral para todo el mundo.

—¡Su deber es obedecer! Es un militar y...

—Ya, no, mi general. He dimitido. Ahora soy un paisano.

Phitomir se quedó con la boca abierta.

—Pero no puede hacer eso —exclamó—. Su dimisión, vamos, la forma de presentarla, es irregular...

Arne levantó la mano derecha.

—De acuerdo con los reglamentos, juro solemnemente que, hace un minuto, formulé in mente el propósito de abandonar el ejército, renunciando a cuantos emolumentos, honores y recompensas me correspondan en la actualidad.

Las insignias de coronel quedaron sobre la mesa. Luego, las manos de Arne se apoyaron sucesivamente sobre las presillas de la coraza.

El brillante uniforme quedó en el suelo, al pie de la mesa del estupefacto Phitomir. Arne parecía muy satisfecho al hallarse ahora vestido solamente con unos calzones cortos y una especie de camisa de color rojo fuerte.

—Adiós, señor —se despidió, antes de que Phitomir hubiese tenido tiempo de pronunciar una sola palabra.

CAPÍTULO II

En su espartano alojamiento, Arne estaba preparando todo para la marcha. Sabía sobradamente que, a partir de aquel momento, las cosas no iban a resultarle demasiado fáciles en Phorkus VII. Phitomir era rencoroso y vengativo. De una u otra manera, trataría de desquitarse de la bofetada que había supuesto la dimisión del joven coronel.

Durante unas horas, había estado reflexionando acerca del punto adonde debería dirigirse. No encontraba ninguno que fuese de su agrado.

En Phorkus VII no se podía quedar, ni soñarlo siquiera. Mientras metía algo de ropa en una bolsa de viaje, se echó a reír.

¡Qué diferentes eran los calificativos según se tratase de un bando u otro! Lo que era moral y honesto para Phorkus VII, no lo era para Dimihane I. Al espía lo habían capturado tratando de conseguir información, vestido con el uniforme de un soldado phorkusiano.

—¡Traición! ¡Perfidia! —habían gritado entonces los responsables de la seguridad del planeta.

Y luego uno de ellos le había propuesto realizar la misma operación, a causa de la cual había sido fusilado un hombre.

—Ni que estuvieran locos —refunfuñó Arne, mientras hacía los últimos preparativos.

A decir verdad, tanto Phorkus VII como Dimihane I y sus problemas le tenían sin cuidado. Arne no se consideraba estrictamente como un phorkusiano, a pesar de que había nacido allí y alistándose posteriormente en el ejército. Sus ascendientes eran terrestres..., pero tanto phorkusianos como dimihanianos, a escala planetaria, no eran mejores que los terrestres de dos siglos antes, con sus continuas guerras nacionales.

Por otra parte, era lo suficientemente sensato para darse cuenta de que una intervención suya contra la guerra, estaba condenada al fracaso. Conferencias, propaganda, reclutamiento de prosélitos..., nada de ello conseguiría hacer variar no ya los planes de los altos jefes, sino ni siquiera la mentalidad de las gentes phorkusianas. Como los dimihanianos, habían sido criados en el odio y así seguirían siempre.

O, por lo menos, durante tanto tiempo que ni él ni sus hijos verían instaurados unos sentimientos pacíficos entre los ciudadanos de ambos planetas.

Escéptico y aun pesimista al respecto, Arne se disponía a abandonar Phorkus VII.

No sentía hacerlo. Estaba solo en el mundo. Sus padres habían muerto tres años antes, en un desgraciado accidente provocado por un súbito fallo en una estación transportadora. Habían partido de Phorkus VII para unas vacaciones en otro planeta y sus cuerpos se habían perdido en el espacio.

En Phorkus VII no había nada que le retuviese. Cerró la bolsa y se dispuso a salir.

Entonces vio que la puerta se abría lenta y silenciosamente.

Arne no esperaba a nadie; por tanto, el que entraba subrepticamente era un enemigo.

Saltó a un lado, pero el otro se hizo visible súbitamente.

—Quieto —dijo el intruso.

Arne se inmovilizó, mientras contemplaba fijamente al sujeto. Era un hombre alto, fornido, de cráneo afeitado, vestido con un impersonal traje de color gris, de una sola pieza.

—Ha venido a matarme —dijo.

—Lo siento —contestó el otro—. No es nada personal, compéndalo.

Para Arne, aquel hombre era un perfecto desconocido. En cambio, conocía muy bien los efectos del arma que empuñaba con la mano derecha.

A los cinco segundos del disparo, su cuerpo se habría convertido en humo.

—¿Phitomir? —dijo.

—Nunca hablo de esas cosas —respondió el esbirro.

De repente, algo voló por los aires. La bolsa de viaje, pesada, golpeó la mano del intruso.

Se oyó un grito de rabia. El asesino trató de recobrar el arma, pero recibió una brutal patada en el costado, que lo lanzó rodando al otro lado de la habitación.

Era, sin embargo, un tipo muy fuerte y se rehízo inmediatamente, cargando con la cabeza gacha contra el ex coronel.

«Es lo peor que podías haber hecho», pensó Arne.

La cabeza del asesino pasó por su costado derecho. Inmediatamente, las manos de Arne aferraron aquel cráneo pelado por dos puntos: el mentón y la nuca. Ambas manos obraron al mismo tiempo, pero en sentido diametralmente opuesto, con un gesto dotado de tremenda potencia.

La cabeza del intruso se dobló hacia atrás bruscamente. Crujieron unas vértebras. Dos piernas se agitaron convulsivamente unos segundos.

Luego, un cuerpo humano cayó al suelo, flácido, como un montón de harapos. La muerte había sido instantánea.

Arne hizo una profunda inspiración. Se había salvado por milagro, pensó.

Luego, obedeciendo a un súbito impulso, se arrodilló en el suelo. En la cartera del hombre, sujeta a su cinturón, halló un documento a nombre de Trix Cubber, cazador de «nitrims».

También encontró un fajo de billetes aurificados; cinco mil garants, en total. Todo aquel dinero, pensó Arne, no era salido de los fondos secretos de Phitomir.

Las pieles de «nitrim» tenían un precio exorbitante en el mercado, Arne lo sabía muy bien. Y le parecía lógico que Phitomir no hubiese empleado para aquel trabajo a un hombre de su departamento. Cuanto menos lo supieran, mejor.

Entre los documentos, encontró un pasaje para Yissus. En Yissus abundaban los «nitrim» extraordinariamente, más que en ningún otro planeta de aquella región galáctica.

El único inconveniente, quizá, era que Yissus fuese un proconsulado de Phorkus VII. Pero si tomaba el aspecto de Trix nadie se preocuparía de él en absoluto. ¿Quién iba a preocuparse de un cazador de pieles?

Ahora todo estaba claro. Trix Cubber había recibido el encargo de asesinarlo. Después, se iría a Yissus.

«Y eso mismo será lo que yo haré», se dijo, mientras se encaminaba al baño, con ánimo de afeitarse la cabeza.

Usaba también bigote y perilla. Eran unos aditamentos capilares de los que siempre había estado muy orgulloso, pero los suprimió sin pena. Luego trocó sus ropajes por los de Cubber.

Comparó su cara con la del muerto. Si uno no se fijaba mucho, podía pasar por Cubber. Al menos, durante el poco tiempo que necesitaba para escapar de Phorkus VII.

La pistola del cazador yacía en el suelo. Arne la recogió y se acercó al videófono, colocándolo de modo que el objetivo de la cámara enfocase al muerto, colocado previamente con sus ropas, pero encogido sobre sí mismo, de modo que no se le pudiera ver la cabeza pelada.

A continuación marcó un número.

Una voz contestó a los pocos segundos;

—¿Quién es?

Arne ahuecó la voz.

—Cubber. Ve a, general —dijo.

Disparó contra el cadáver. Una columna de humo se elevó al instante.

—Misión cumplida, general —añadió—. Me voy a Yissus.

—Buena caza, Trix —contestó Phitomir, satisfecho.

Arne cortó la comunicación. Estaba oficialmente muerto, pero no lo sentía. Phitomir no le molestaría más y ya no pensaba volver a Phorkus VII.

Con ánimo ligero, se encaminó hacia la salida.

—Empieza una nueva vida —dijo, en el momento de cerrar la puerta a sus espaldas.

* * *

El «nitrim» estaba parado allí. Era un animal enorme, de casi tres metros de alto por seis de largo. Parecía un perro gigantesco, cubierto de largos y finos vellos, algunos de los cuales alcanzaban un metro de longitud.

De un «nitrim» adulto se podían sacar veinte metros cuadrados de piel altamente apreciada por los compradores. Era cálida, ligera, impermeable y extremadamente térmica. Para el invierno, un traje de piel de «nitrim» era lo mejor.

Arne pensaba quedarse solamente con la piel de las patas, el rabo y el trozo del cuello. Con el resto obtendría un mínimo de quince metros cuadrados de valiosísima piel. A quinientos garants el metro cuadrado, calculó, obtendría por lo menos siete u ocho mil de la venta de aquella sola piel.

Pero el «nitrim» estaba vivo y su caza requería una técnica especial. No había ni que soñar en una pistola desintegrante, que convertiría al animal en polvo, ni tampoco los fusiles corrientes, que no causaban mella en la subepidermis blindada que había bajo la que quedaba a la vista. Armas de mayor calibre podrían estropear gravemente el trofeo, haciéndole perder de un setenta a un ochenta

por ciento de su valor. Eso sólo lo hacían los cazadores chapuceros.

Y Trix Cubber había sido un cazador de los finos. Arne, por tanto, debía actuar como lo hubiera hecho su frustrado asesino.

El venablo era lo mejor. Pero sólo se podía usar, provocando al animal y atacando de frente, para lanzárselo a las fauces abiertas, único punto vulnerable de aquel organismo. Sin embargo, había que acertar a la primera; los colmillos del «nitrim» podían cortar un brazo con toda facilidad.

O decapitar a un hombre de un solo bocado, si el animal atacaba según su método favorito.

Arne había alargado el venablo, convirtiéndolo en una lanza de tres metros. Lanzar un venablo era cosa que requería no sólo sangre fría, sino mucha habilidad, y él no la tenía.

—¡Hia! —gritó de pronto, para llamar la atención del «nitrim», que ramoneaba en unos arbustos cercanos.

El animal no pareció oír su grito. Arne avanzó unos cuantos pasos.

—¡Hia, hia...! —repitió.

Los ojos de la bestia se volvieron un momento hacia él. Arne levantó la lanza, sosteniéndola firmemente con las dos manos.

De súbito, un «nitrim» pequeño apareció trotando por la espesura y se acercó al grande. Arne se quedó paralizado de asombro.

El «nitrim» pequeño era una cría, evidentemente, porque se puso a mamar de las ubres de su madre. Arne se rascó la cabeza, perplejo.

—Caramba, no estaría bien matar a esa pobre bestia —dijo a media voz.

Pese al formidable aspecto de los dos animales, era una escena conmovedora. La madre alimentando a la cría.

—Y ahora, ¿cómo los mato yo? —rezongó.

La madre seguía mirándole. Arne creyó ver en sus ojos, enormes, glaucos, casi sin pupilas, algo así como gratitud. De pronto, le pareció escuchar una voz en el interior de su cerebro.

Alguien le hablaba telepáticamente, pero no pudo identificar las frases que se le dirigían. En los ojos de la «nitrim» madre captó cierto centelleo intermitente, muy rápido.

Una pregunta acudió a su mente en el acto: ¿Eran inteligentes los «nitrim»?

Agitó la mano izquierda. Ya encontraría a otro; no había prisa alguna.

En Yissus, el alimento era fácil: había caza menor y fruta en abundancia. Vivir en aquel planeta era algo muy parecido a vivir en el Paraíso Terrenal.

—Adiós —dijo, a la vez que reanudaba la marcha.

Una hora después, le sorprendió un sonido agudo, penetrante, el sonido que brotaba de una garganta humana, cuyo dueño se hallaba en grave peligro.

La sorpresa de Arne fue grande, pero, sobre todo, porque la persona aparentemente en peligro era una mujer.

CAPÍTULO III

El grito se repitió. Arne avanzó cautelosamente.

—¡Socorro! ¡Ayúdenme, por favor! —clamaba la mujer.

Arne se acercó a los espesos arbustos, al otro lado de los cuales se encontraba ella. Separó unos ramajes con infinita cautela y entonces divisó una escena que le llenó de asombro y horror a un tiempo.

Había una mujer en el claro situado al otro lado, sujeta a unas cuerdas brillantes, de un centímetro de grosor y tendidas según un peculiar dibujo geométrico. Lo curioso del caso era que ella no estaba atada, sino pegada a las cuerdas.

El conjunto de cuerdas era enorme, más de treinta metros de altura, por otro tanto de anchura y estaban sujetas, a ambos lados, por dos colosales troncos de árbol, ninguno de los cuales medía menos de diez metros de diámetro por ciento cincuenta de altura. La copa de aquellos gigantescos árboles eran muy espesas y las primeras ramas empezaban a unos cuarenta metros del suelo.

Entre el frondoso ramaje, Arne divisó lo que parecía una esfera blanquecina, de unos diez o doce metros de diámetro, compuesta por infinidad de hilos, muchos de los cuales emitían un extraño brillo. Había un gran agujero cerca de la base de aquella esfera y, en aquel

orificio, algo se movía de un modo extraño y aterrador a un tiempo.

La mujer era joven, muy hermosa, y estaba vestida someramente con unos trozos de piel moteada en negro y amarillo, que apenas si cubrían su pecho opulento y sus caderas. Parte de su cabellera estaba pegada también a las cuerdas brillantes que, en realidad, eran la tela de un arácnido gigante.

Arriba, en su nido, la araña se movía inquieta. Arne comprendió que la lanza que llevaba, o el arco y las flechas que también formaban parte de su equipo de cazador, no servirían en absoluto para combatir a un animal con el cuerpo de un cordero y las patas de metro y medio o dos de longitud.

Sólo había una solución: la pistola desintegrante, dispuesta al mínimo de energía.

Podía haber más arañas en el nido. Por otra parte, la descarga desintegrante desharía la bola, pero no haría nada a los animales, alguno de los cuales, si había más de uno, se lanzaría fulminantemente al ataque.

Arne levantó la pistola. Dos enormes patas, oscuras, repugnantemente velludas, asomaban ya por la boca del nido.

La pistola vomitó una serie de rápidas descargas, provocando el incendio instantáneo del nido. Grandes llamaradas brotaron en el acto del objetivo.

Un bulto oscuro, envuelto en fuego, cayó al suelo, agitándose frenéticamente.. Con el pulgar, Arne corrigió la posición del selector de tiro y disparó una descarga, que convirtió al arácnido en humo.

El olor era espantoso. Arriba, el fuego se propagaba a las copas de los árboles.

—Suélteme, por favor —pidió la mujer.

Una segunda araña cayó al suelo. Arne la pulverizó también.

Luego corrió hacia la joven, con el cuchillo de caza en la mano. En unos instantes, apreció su delicada situación.

—Tendré que cortar los hilos —dijo—. Y también parte de su pelo.

—No importa —contestó ella—. Adelante.

Un minuto después, la joven estaba libre. Arne recogió la lanza y agarró una mano femenina.

—Avisté un río hace poco —dijo—. Vamos allá.

* * *

—La espalda me escuece —se quejó ella, cuando ya estaban a pocos pasos del río, ancho y de caudal tranquilo.

—Métase en el agua. Ese escozor es debido a la sustancia pegajosa de que están impregnados los hilos de la tela de araña —explicó Arne.

Ella obedeció en el acto. Arne permaneció en la orilla, vigilante, con las armas a punto. En los ríos de Yissus había, a veces, peces peligrosos, algunos de ellos como tiburones terrestres.

Agarrada a unas cañas, sumergida hasta el cuello, la joven sonrió.

—Empiezo a sentirme mejor —manifestó.

—Le quedarán marcas durante unos días. Pero se le irán, no tema —respondió Arne.

Una mano de la joven se paseó instintivamente por su cabeza.

—¿Lamenta la pérdida de su pelo? —preguntó Arne.

—No. He salvado la vida. Es más importante, creo.

—Ciertamente. Oh, perdone, no me he presentado aún. Me llamo Arne Bickar.

Arne se mordió la lengua en el acto. Debía haber dado el nombre del sujeto cuya personalidad usurpaba, pero había pronunciado el suyo propio maquinalmente. De todas formas, no importaba demasiado, se dijo; el largo brazo de Phitomir no alcanzaba hasta Yissus.

—Yo soy Zylida + ertin/Kuwun —dijo ella.

Arne se quedó estupefacto.

—Zylida más...

—Sí, es la composición gramatical propia del apellido de mi familia —confirmó la joven—. En Yissus hay otras muchas familias con una composición gramatical parecida.

—Ah, comprendo. Bueno, y dígame, ¿cómo fue a parar a la tela de araña?

—No caí en ella por accidente, sino que me arrojaron.

Arne respingó.

—¿Cómo? —exclamó.

—Ya lo ha oído. Me lanzaron allí, para que me matasen las arañas gigantes.

—Vaya, qué sentimientos tan delicados —dijo él con sorna—. Y, ¿quiénes le jugaron tan mala pasada?

—Los yildush. Pertenecen a una tribu salvaje, situada hacia el Norte. Yo caí en sus manos y...

—Oiga, no es que quiera ofenderla, pero usted es lo suficientemente hermosa como para haberse convertido en la esposa del jefe de esa tribu.

Zylida hizo una mueca despectiva.

—Por fortuna, los yildush, pese a su salvajismo, son; muy orgullosos y sólo se casan con mujeres de su estirpe —contestó—. Las arañas gigantes son una especie; de dioses titulares suyos y me arrojaron a la tela para aplacar su cólera.

—Un sacrificio humano, vamos. Pero, ¿cómo es que: no se quedaron para contemplar el espectáculo?

—Sus supersticiones se lo impiden, Arne.

—Ah, claro; es preciso dejar que la araña disfrute a solas de su banquete.

—En efecto, así piensan los yildush.

—Bueno, como sea, me alegro de haberla salvado de convertirse en el plato favorito de las arañas. Zylde, y no es alabanza, usted es distinguida, aparte de guapa. ¿Cómo fue a parar a manos de esos salvajes?

—Lo ordenó el Gran Ojo —contestó ella sorprendentemente.

* * *

—El Gran Ojo —repitió Arne, pasmado.

—Sí. Soy la señora de la Trigésimo Cuarta División Territorial, lo que usted llamaría un señorío. Protesté en más de una ocasión de la continua y exasperante vigilancia a que nos somete el Gran Ojo y éste tomó la decisión de privarme de mis derechos y expulsarme de la comunidad. Es una manera muy cómoda de no pronunciar una sentencia de muerte.

—Eso veo. De modo que del 34.º Señorío fue a parar a manos de los yildush.

—Podía haber elegido el Desierto Ardiente, pero esas dos palabras definen exactamente la zona a que se refieren. Allí no hubiera tenido ninguna posibilidad de sobrevivir.

—Con los yildush, sus probabilidades no eran mayores, Zylde —alegó el hombre.

—Bueno, son seres humanos, a fin de cuentas. En el Desierto Ardiente no hay más que calor y piedras. Hubiera muerto en pocas horas.

—Bien mirado, acertó la elección. Pero dígame, Zylde, estoy muerto de curiosidad. ¿Qué es el Gran Ojo?

Ella se quedó pensativa unos instantes.

—¿Un ser humano? —dijo al cabo—. ¿Una máquina? Nadie lo sabe, Arne, nadie guarda memoria, de la forma en que empezó todo..., pero el Gran Ojo vigila nuestros menores actos y dispone cómo hemos

de realizar hasta la acción más insignificante. Nada ni nadie escapa a su vigilancia; al menos, en las zonas habitadas.

«Ciertamente, en otros aspectos, su acción es benéfica: programa nuestras actividades, nuestros cultivos, nuestra producción de alimentos, sanidad, educación, matrimonios, energía, transporte..., pero, a cambio de todo ello, nuestra sujeción mental y física es absoluta.

—Vamos, una cosa omnipotente —dijo Arne.

—Sí. Oh, no es que yo quiera suspender por completo todas las actividades del Gran Ojo, pero sí quiero reducirlas a sus justas funciones. ¿Por qué he de salir a pasear a horas determinadas, o comer o dormir cuando el Gran Ojo lo ordena, o estudiar lo que él dicta o casarme con quien él manda? Opino que los seres humanos tienen derecho a un mínimo de libertad.

Arne sonrió.

—Por lo visto, pensar así es peligroso en Yissus —dijo.

—Sólo en los territorios habitados, Arne.

—¿También en el territorio yildush? Son seres humanos, creo recordar.

—El Gran Ojo los considera inferiores y no hace nada por sacarlos de su estado de salvajismo. Hace una cantidad de tiempo que no puedo precisar, les marcó un determinado espacio territorial para que vivieran allí. Algunos intentaron rebasar esos límites, pero fueron fulminados por los rayos mortales del Gran Ojo. Para éste, los yildush son animales con figura humana.

—Comprendo. Zylde, ¿cómo se siente la espalda? —preguntó Arne de pronto.

—Mucho mejor —contestó ella, sonriendo.

Arne había estado acucillado hasta entonces. Se incorporó a medias y alargó una mano.

—Salga —indicó.

Zylde obedeció. Arne se puso tras ella y despegó los escasos hilos que aún permanecían adheridos a su espalda.

La joven se estremeció un poco. Arne contempló las marcas rojizas que corrían a lo largo de su espalda.

—Dentro de una semana, tendrá la piel como nueva —vaticinó.

—Dentro de una semana —repitió Zylde, con un suspiro—. ¿Qué habrá pasado para entonces, Arne?

—No lo sé —respondió él—. Pero se me está ocurriendo algo, en lo que quizá usted se muestre de acuerdo conmigo.

Zylde giró en redondo.

—¿Qué es, Arne?

—Luchar para derribar la tiranía del Gran Ojo —contestó él.

CAPÍTULO IV

Las llamas ardían alegremente en la oscuridad. Atravesado sobre un espetón, hecho con una rama verde, larga y recta, un conejo gigante daba vueltas, dorándose lentamente al calor del fuego.

El conejo era como un corderillo terrestre. La carne exhalaba un olor apetitoso.

Sentado sobre sus talones, Arne deshacía con los dedos irnos cuantos frutos harinosos encima de una sartén, procurando reducirlos a polvo. Con sal y un poco de grasa, haría unas tortas que servirían como complemento de la cena.

—Arne, hace tiempo que yo vengo pensando en derribar la tiranía del Gran Ojo. O, por lo menos, como dije antes, reducir su poder a sus justos términos —habló de repente la muchacha—. Pero, hasta ahora, no he conseguido dar con una idea viable.

—¿Sabe usted dónde está el Gran Ojo?

—Sí, todo el mundo lo sabe. Pero es imposible llegar hasta él.

—¿Por qué?

—Está celosamente custodiado por las tropas proconsulares.

Arne levantó la cabeza de pronto.

—¿Cómo? ¿Hay un proconsulado en Yissus? —exclamó.

—¿Es que no lo sabía? —se sorprendió Zylde.

El joven meneó la cabeza.

—A decir verdad, no me había preocupado jamás de la historia de Yissus —confesó.

—Es usted cazador...

—Adopté esta personalidad por conveniencias, pero mi verdadera profesión, hasta hace algunas semanas, era la de coronel del ejército de Phorkus VII.

Zylde le contempló con asombro.

—Coronel —repitió.

—Sí. Tuve una... pequeña discusión con mi jefe y dimití. A mi jefe le sentó tan mal, que incluso pensó; en privarme de los padecimientos de la vida que soportaría un ex coronel y envió a un sujeto para que me evitase sufrimientos. A mí me gusta mucho «sufrir»! —dijo Arne con socarronería—, y por eso discutí también con el mensajero. En la discusión, el enviado de mi jefe se convenció de que la vida es un asco y falleció.

—Lo mató usted —dijo Zylde, horrorizada.

—Empleando una frase tópica, aunque no por ello menos cierta, en legítima defensa.

—Y entonces, vino a Yissus...

—Mi frustrado asesino era un cazador de «nitrim», Yo adopté su personalidad, documentación incluida, y también me apoderé de su equipo. Luego pensé que Yissus sería un lugar seguro.

—Se equivocó, Arne.

—Estoy vivo, Zylde —corrigió él.

Los frutos ya habían sido desmenuzados. Arne añadió:

algo de sal y agua y, tras batir la harina rápidamente con un palito limpio, puso la sartén al fuego.

—Cuénteme más cosas del procónsul, Zylde —rogó.

—Bueno, el procónsul, Daio Sexto Lóculo, no interfiere en las leyes, usos y costumbres de Yissus. Simplemente, se limita a otorgar protección al planeta, en nombre del emperador Arecturus de Syphann VI. También, lógicamente, cobra los tributos.

—¿Dinero? ¿Especias?

—Materiales para la elaboración de la moneda syphonniiana.

—¿Qué clase de moneda es, Zylde?

—Billetes platinizados. La cotización de un garant syphanniano es siete coma veinte con respecto al garant de Phorkus VII.

—Lo cual significa que Yissus es un protectorado de Syphann VI.

—Exactamente, Arne.

—¿Qué dice a esto el Gran Ojo?

Zylde se encogió de hombros.

—Como él no tiene que recoger el platino que se llevan los syphannianos... —respondió, irónica.

—¿Es costosa esa operación?

—En vidas humanas, sí. Lo peor de todo es que cada nativo de este planeta debe ir una vez al menos, en su vida, a las minas de platino. El período de minero dura un año y no es una existencia cómoda, créame.

Las tortas estaban ya fritas. Arne sacó la sartén del fuego.

—¡A cenar! —exclamó alegremente.

Media hora más tarde, Zylde se frotó el estómago.

—Hacía tiempo que no comía tan a gusto —declaró.

—Eso es, probablemente, porque... ¿Qué hacía usted antes, en su señorío?

—Nada. ¿Qué puede hacer la señora de un territorio si todo se lo dan hecho?

—Es decir, usted se levantaba, iba al baño, desayunaba, se divertía, comía dos veces al día, seguía divirtiéndose y, cuando estaba cansada, volvía a la cama.

—Sí, pero, siempre ha sido así...

—¿Es muy extenso su señorío?

—Unos sesenta mil kilómetros cuadrados en los que viven alrededor de treinta mil personas.

—Las cuales sí trabajan, ¿no es cierto?

—Arne, siempre ha sido así; yo no tengo la culpa —contestó Zylda, molesta.

—No lo dudo —respondió él—. Pero, dígame, ¿quién se encargaba de la, digamos, administración del señorío?

—Nadie, ¿quién se iba a encargar? —exclamó ella rotundamente—. ¡Todo lo hace el Gran Ojo, hombre!

* * *

Reanudaron la marcha al día siguiente.

—¿Qué distancia hay de aquí a su casa? —preguntó Arne.

—Bien, yo diría que ocho o diez jornadas... No estoy muy segura; parte del viaje lo hice en estado de inconsciencia. Cuando me desperté, ya estaba en manos de los legionarios de Lóculo, que me conducían a la aldea de los yildush.

—Y los yildush la trajeron al lugar donde anidaban las arañas gigantes.

—Sí, Arne.

—Bien —dijo él pensativamente—, supongamos que sean diez jornadas. A unos treinta y cinco o cuarenta kilómetros por jornada, suponiendo que se marche a pie, resultan trescientos cincuenta a cuatrocientos kilómetros. ¿Recibe algún nombre tu dominio?

—Kuwun, por eso llevo ese apellido —contestó Zylde—. La partícula «erth» a continuación del signo «más», es patente de nobleza de sangre.

Arne la miró de reojo.

—Supongo que tu sangre será igual de roja que la mía —comentó.

—Sí, eso creo yo. Pero la nobleza no está en el color de la sangre, sino en los ascendientes.

Arne meneó la cabeza. De nada serviría enzarzarse en una discusión sobre un tema semejante. Aun sin ser orgullosa, Zylde tenía sus propias ideas sobre el particular, ideas imbuidas en su mente desde el mismo día de su nacimiento y no sería fácil arrancárselas. «Suponiendo que quiera intentarlo», pensó el joven.

—De todas formas —dijo al cabo de unos minutos—, lo que tú deseas es acabar con el actual estado de cosas, ¿no es cierto?

—Sí —confirmó Zylde—. Pero ¿cómo conseguirlo? No sé de nadie que lo haya intentado...

—Quizá lo atraparon antes de tiempo y ese intento no se hizo público.

—Tal vez, pero lo cierto es que será muy difícil, Arne —aseguró la joven.

—Tú sabes dónde está —dijo él.

—Todo el mundo lo sabe, pero hay una brigada de legionarios de Lúculo guardando el edificio donde se alberga el Gran Ojo. Cuatro cohortes, a cuatrocientos hombres cada una, ¿comprendes?

—Y armados con pistolas desintegradoras, etcétera, etcétera...

—Sí, desde luego.

Arne sonrió.

—Bueno, en realidad, tampoco hay demasiada prisa —dijo—. Si el Gran Ojo lleva funcionando, tantos años más, o unos meses más, no tiene importancia alguna. Pero acabaremos por destruirlo, créeme.

Zylde le dirigió una mirada llena de afecto.

—No sé por qué, pero tengo plena confianza en ti —respondió.

—Es que soy muy guapo y tengo buenísimos sentimientos —contestó Arne jovialmente.

Ella se echó a reír. Al cabo de unos minutos, dijo:

—Jamás me había sentido tan bien, Arne, te lo confieso. Es otro género de vida, pese a los riesgos que se puedan correr, una vida en absoluta libertad...

—Como, quizá, no la disfruten tus súbditos.

—No —respondió Zylde, repentinamente seria—. Es cierto que no se pueden quejar en el aspecto material, pero, en otros aspectos de la existencia, sus actividades están muy restringidas. Por culpa del Gran Ojo, naturalmente: si yo era la señora de Kuwun, lo era más bien a título decorativo, pero sin que mi intervención política o social tuviera algún efecto.

—Quizá eso se corrija en el futuro —apuntó Arne.

De repente, se cruzaron con una pequeña manada de «nitrim». Los enormes animales pasaron ruidosamente por delante de la pareja pero sin molestarles

—¿Por qué no has matado a uno de ellos? —preguntó Zylde, extrañada

Arne meneó la cabeza.

—Demasiados para un hombre solo —dijo—. Además, yo carezco de la experiencia de Trix Cubber y, por otra parte, las pieles de «nitrim» no me interesarán en una buena temporada.

Zylde suspiró.

—Lo que daría yo por tener una buena piel de «nitrim» —exclamó.

—Cuando vuelvas a Kuwun, la tendrás. Entonces, iré a cazar uno para ti.

El bosque terminó casi de repente. Arne y Zylde se detuvieron al principio de una extensísima llanura, de suaves ondulaciones, cercada por unas distantes montañas, que casi se perdían en la bruma del horizonte.

Algunos ríos atravesaban la llanura. Casi en su centro, Arne divisó un enorme roquedal, que parecía un fantasmagórico castillo encaramado en un alto cerro. El conjunto de rocas era muy extenso y tenía forma aproximadamente circular. Arne calculó que no medía menos de mil o mil quinientos metros de diámetro y su elevación sobre la llanura circundante, la estimó en ochocientos o mil metros más.

Algunos caminos serpenteaban por la ladera del cerro para llegar a la base de las rocas, que adoptaban formas caprichosas. Por una grieta en uno de los muros de aquella fantástica fortaleza se despeñaba una corriente de agua, en una caída vertical de más de doscientos metros.

Zylda tendió las manos hacia aquella singular montaña.

—El nido de los yildush —exclamó.

CAPÍTULO V

De repente, oyeron un fuerte aleteo sobre sus cabezas.

Zylda lanzó un grito de terror.

—¡Arne, nos atacan!

El joven miró hacia arriba. Dos enormes pájaros, con alas de más de cinco metros de envergadura, caían hacia ellos con notable velocidad.

Pero lo singular del caso era que los pájaros iban cabalgados por dos seres humanos, ambos armados con sendas, lanzas, de más de seis metros de longitud. Arne tardó algunos segundos en darse cuenta de que los jinetes eran mujeres.

Para entonces, ya había preparado su arco y sus flechas. Se había entrenado concienzudamente desde su llegada a Yissus y, en su interior, había reconocido la habilidad de Trix Cubber, que había sabido construir un arma potentísima, poco menos que fulminante si se disparaba con puntería.

Cada flecha medía metro y medio de longitud. Eran las armas ideales para cazar los «nitrims». Arne puso una flecha en la cuerda del arco, lo tendió, tomó puntería y disparó hacia arriba.

El proyectil emprendió su mortífero vuelo hacia la pechuga de

uno de aquellos gigantescos pájaros. Alcanzó el blanco y el ave cayó a plomo desde unos cincuenta metros de altura.

Su amazona chilló, mientras volteaba por los aires, separada de su cabalgadura aérea. Los dos cuerpos chocaron contra el suelo con siniestro chasquido de huesos rotos.

Pero todavía quedaba otra mujer y su pájaro estaba ya a pocos metros de la pareja. La amazona comprendió que Arne era el verdaderamente peligroso de los dos y orientó hacia él a su montura.

La lanza buscó el pecho de Arne. En el último instante, Arne, que había dejado caer el arco, porque no podría utilizarlo de nuevo tan rápidamente, saltó a un lado.

El ataque falló. Arne extendió las manos y agarró la lanza, con todas sus fuerzas. El pájaro continuó su vuelo, con un agudo graznido, mientras la amazona rodaba por tierra.

La mujer se agitó, pronunciando frases incoherentes. Arne se arrodilló junto a ella y apoyó en su cuello el cuchillo de caza.

—Un solo movimiento más y eres muerta —amenazó.

Ella se quedó quieta en el acto. Dos ojos oscuros miraron furiosamente a Arne.

—Me has derrotado. Mátame —pidió.

Arne se echó a reír.

—No entra eso en mis cuentas —contestó—. Zylde, ¿es una yildush? —preguntó.

—Sí.

La amazona llevaba, pendiente de un cinturón de piel, un hacha de combate y un machete, armas ambas que fueron a parar a unos matorrales. Luego, Arne se separó de ella.

—Ponte en pie y dime tu nombre —ordenó.

—Sighis, hija de Sighitor —contestó ella orgullosamente.

—¡La hija del jefe de los yildush! —exclamó Zylde.

Arne se quedó un instante con la boca abierta. Mientras,

contemplaba a Sighis, una fornida mujer de un metro ochenta de estatura y abundante cabellera negra. El tono de la piel era tostado, pero más por la continua permanencia al aire libre que por características raciales.

Sighis vestía más o menos como Zylde y sus facciones no resultaban del todo desagradables. Arne vio que era una mujer muy fuerte, musculada, endurecida por una vida de continuo batallar; un peligroso enemigo en una lucha cuerpo a cuerpo, resumió así sus reflexiones.

—¿Por qué nos habéis atacado? —preguntó Arne.

—Estábamos cazando —respondió Sighis lacónicamente.

—¿Seres humanos?

Sighis se encogió de hombros.

—Lo que se presenta —respondió.

Arne meneó la cabeza.

—Tu compañera ha muerto —indicó.

—Cuando se sale de caza, puede ocurrir eso —respondió Sighis—. Pero vosotros, además, estabais dentro de los límites de nuestro territorio.

—Tu padre y sus amigos me arrojaron a las arañas gigantes —exclamó Zylde con gran vehemencia—. Me gustaría tener unos cuantos aviones para bombardear ese nido de fieras que está en medio de la llanura.

Arne extendió un brazo.

—Calma, Zylde —recomendó—. Sighis, eres nuestra prisionera —añadió.

La nativa se encogió de hombros nuevamente.

—Puedes disponer de mí como gustes; no me quejaré —repuso.

—Sí, dispondré de ti —sonrió el joven—. Quiero que llames a tu padre; deseo hablar con él.

—¿Para qué? —quiso saber Sighis.

—¡No hagas preguntas! —contestó Arne ásperamente—. ¿O no has dicho que puedo disponer de ti?

Sighis se mordió los labios. Luego caminó hacia el cadáver del gran pájaro, pendiente del cual había una especie de cuerno de caza, ya advertido por Arne.

—¿Tienes alguna contraseña para comunicarte con tu padre? —preguntó Arne, cuando la vio con el cuerno en la mano.

—Sí, puedo decirle lo que quiera...

—Entonces, dile que venga acompañado de media docena de sus mejores guerreros.

Sighis obedeció. Llevándose el cuerno a los labios, sopló con fuerza. Por medio de la mano izquierda y de algunas variaciones de los labios, emitió una serie de penetrantes sonidos, que resonaron con fuerza en la llanura.

Al cabo de unos instantes, cesó la llamada. Un minuto después, se oyeron a lo lejos unos sonidos muy parecidos, procedentes del roquedal.

Sighis escuchó atentamente. Luego se volvió hacia la pareja.

—Mi padre vendrá pronto, acompañado de sus consejeros —informó escuetamente.

* * *

Siete pájaros se vieron a los pocos minutos. Arne agarró a Sighis por un brazo, mientras con la mano libre mantenía la punta del cuchillo de caza cerca del costado de su prisionera.

Los yildush aterrizaron pronto. Uno de ellos era un sujeto gigantesco, de más de dos metros de estatura y con un peso que no bajaría de los cien kilos. Como los demás, iba armado con una lanza de seis metros de largo.

—¡Suelta a mi hija! —aulló.

—Calma, Sighitor —sonrió Arne—. Calma o tu hermosa hija irá a reunirse con sus antepasados.

—Pero morirás...

—Y tú también —intervino Zylde, que empuñaba el arco, con una flecha apuntando al enorme tórax de Sighitor.

Hubo un momento de silencio. Luego, Sighis dijo:

—Padre, este hombre quiere parlamentar contigo. Desea que sus palabras sean escuchadas también por tus consejeros.

—¿Tienes algo importante que decirme? —preguntó Sighitor.

—Sí. En primer lugar, mi nombre y el de la mujer que me acompaña, aunque éste, imagino, ya lo conoces.

—Tenía que haber muerto —gruñó Sighitor.

—Yo la he salvado, yo, Arne Bickar —dijo el joven orgullosamente.

—¿Bickar? Es un apellido extraño...

—En mi idioma significa El Más Valeroso —mintió Arne sin pestañear.

Una sonrisa burlona distendió los labios de Sighitor.

—Nadie es más valiente que yo. Ni más fuerte —dijo.

—¿Quieres probarlo? Con las manos desnudas, por supuesto —le desafió Arne.

Sighitor pareció asombrarse. Luego lanzó una estentórea carcajada.

—Acepto el reto —contestó.

Zylde pensó que Arne se había vuelto loco. Sighitor podía hacerle pedazos sólo con las manos. Pero Arne no parecía sentir ningún temor hacia aquel colosal individuo.

Los demás yildush contemplaban la escena silenciosamente expectantes. Sighitor se quitó el cinturón con las armas y avanzó hacia su contrincante.

La pelea tuvo poca historia: Sighitor manoteó mucho, se agitó, gruñó, lanzó unos cuantos juramentos y, al fin, acabó por caer con los pies por alto. Ignorante por completo del arte del boxeo, Arne colocó en su corpachón una docena de golpes demoledores, que acabaron con su resistencia en pocos momentos, sin que, por su parte, recibiera uno solo.

Desde el suelo, Sighitor miró asombrado a su adversario.

—Eres hábil y fuerte —elogió, a su pesar—. Y valeroso, por supuesto.

—Siempre hago honor a mi apellido —contestó Arne truculentamente.

Luego avanzó hacia el caído y le tendió una mano.

—Levántate y hablemos —añadió.

Sighitor se puso en pie.

—¿Qué quieres de mí? —inquirió.

—Respuestas —dijo Arne—. En primer lugar, ¿te gusta este género de vida?

—No está mal, pero... —Sighitor hizo una mueca—, ¿A qué diablos viene eso? —gruñó.

—Espera, hombre. Tengo entendido que los yildush no estáis muy a gusto en este territorio.

—Vivíamos en otro infinitamente más fértil. Nos expulsaron de él y nos prohibieron rebasar los límites.

—¿Quién lo hizo?

—Los esbirros del Gran Ojo, por supuesto.

—Es decir, los legionarios de Lóculo.

—Sí.

—Y vosotros, siendo muchos más que ellos, os dejasteis someter a este destierro.

Sighitor se encogió de hombros.

—Murieron muchos de nuestra tribu —contestó opacamente—. Nos atacaron sin piedad y, al fin, tuvimos que resignarnos.

—Eso significa que no te disgustaría tomarte el des quite.

—Hombre... ¡Pero lo que has dicho es imposible!

Arne sonrió.

—¿Imposible? Desecha esa palabra de tu vocabulario. Tu hija me ha dicho que os gustaría volver a vuestro antiguo territorio y abandonar estas salvajes costumbres, en suma, vivir como personas civilizadas, bajo vuestras propias leyes.

—Eso sería lo que haríamos, si no fuese por ese maldito Gran Ojo —barbotó Sighitor.

—¿Te gustaría destruirle?

Hubo un momento de silencio. Sighitor parecía meditar sobre las palabras que acababa de oír.

De pronto, se volvió hacia los demás yildush. Seis cabezas se movieron, trazando sendos gestos de aquiescencia.

—Es lo que más nos gustaría —aseguró Sighitor después de la pausa—. Y si tú nos ayudas a conseguirlo, serás, con esa mujer, uno más de nuestra tribu.

Arne se inclinó profundamente.

—Aceptamos agradecidos el honor. Y desde aquí afirmo, que destruiremos el Gran Ojo —contestó.

CAPÍTULO VI

El gran pájaro estaba posado en tierra, al borde de un acantilado de más de cien metros de caída vertical. Arne contempló especulativamente aquellas riendas que se sujetaban a sendos mechones de plumas, muy fuertes, nacidos en el punto de unión del pico con el cráneo del ave.

Un arnés especial hacía las veces de silla. Sighitor terminó de dar instrucciones al joven.

—Si quieres subir, tira suavemente de las riendas hacia arriba. Para bajar, el movimiento inverso. Derecha e izquierda, tirando de la brida correspondiente. El pájaro es muy dócil y obedecerá en el acto.

—¿Rapidez? —preguntó Arne.

—Talonea sus flancos, con tanta más fuerza, cuanto más rápido quieras que vuele. Para refrenar la velocidad, bastarán ligeros tirones de las riendas.

—De acuerdo.

Arne montó de un salto sobre la silla. Empuñó las riendas y las agitó suavemente. El pájaro se lanzó al espacio.

Cayeron durante unos metros. Luego, disponiendo de espacio suficiente, desplegó las alas y empezó a volar.

Ame hizo subir al animal unos centenares de metros. Luego, a fin de practicar, realizó diversas evoluciones, entre ellas el vuelo en picado. Era una sensación maravillosa, se dijo, embriagado por el placer que representaba flotar en el aire.

Luego hizo que el animal tomase altura. El gran pájaro obedecía con sorprendente docilidad. Un cuarto de hora más tarde, Arne empezó a notar cierta dificultad en la respiración.

El roquedal era una cosa diminuta allá abajo. Los ríos eran solamente delgados hilos de plata. Arne calculó que se hallaba a unos seis mil metros de altura.

Inició el descenso. El pájaro empezó a volar en círculos.

Habrían llegado a la cota de los tres mil metros, cuando, de repente, Arne divisó en lontananza, hacia las montañas, una larga columna serpenteante que se dirigía hacia la ciudad de los yildush.

—Lástima de anteojos —suspiró.

Encaminó al pájaro en aquella dirección. Media hora más tarde, divisó con asombro uniformes legionarios y algunos vehículos pesados.

Los vehículos eran todo-terreno, con tracción de oruga, pero el suelo presentaba notables dificultades y el avance resultaba relativamente lento. Arne calculó que habría unos doscientos hombres.

—Media cohorte —murmuró.

El pájaro dio media vuelta casi en el acto. Arne taloneó con fuerza sus flancos y las alas del ave batieron el aire para impulsarlo a la máxima velocidad posible.

Un cuarto de hora más tarde, el pájaro se posaba en el centro del enorme anfiteatro, donde los yildush tenían su ciudad. Sighitor acudió a recibirle.

—¿Bien? —preguntó, satisfecho.

Arne asintió.

—Bien, pero he visto algo que me preocupa —dijo.

—¿De qué se trata?

—Legionarios. Doscientos. Con vehículos.

La cara de Sighitor expresó preocupación,

—¿A qué diablos vendrán? —masculló— Jamás había sucedido nada semejante...

—Hay algo que no te he preguntado todavía —dijo Arne—. ¿Qué carga puede llevar uno de los pájaros?

—Doscientos kilos, sin ninguna dificultad —respondió Sighitor—. Se les podría poner algo más de peso, pero ello mermaría su

capacidad de resistencia...

Arne meditó unos momentos.

—¿Cuántos guerreros puedes poner en línea de combate? —inquirió.

—Con pájaros, cuatrocientos. A pie, otros tantos.

—Avisa a los «montados» y reúnelos. Los legionarios tardarán toda una jornada en llegar aquí; estaban a más de ochenta kilómetros de distancia. Mañana, al amanecer, los tendremos a las puertas.

—¿Se te ha ocurrido algún plan para combatirlos? —preguntó Sighitor.

Arne sonrió.

—Si nos atacan, los combatiremos —respondió.

* * *

—¿Incluso en contra de la decisión del Gran Ojo? —preguntó Zylde al anochecer, mientras ardían las hogueras en la explanada central.

—¿Por qué no? —respondió Arne—. Es precisamente contra el Gran Ojo por lo que luchamos.

—Pero si él ha dispuesto...

—Zylde, hemos quedado en que no se van a aceptar más las decisiones del Gran Ojo, al menos en lo referente a determinados aspectos personales. ¿No dices que interviene en todo, absolutamente todo? ¿Te gustaría que eligiese para ti un esposo que no fuese de tu agrado, por ejemplo?

Ella pareció vacilante.

—A pesar de que te rebelaste —continuó Arne—, hay en ti todavía los condicionamientos de muchos años de ciega obediencia a las decisiones de esa máquina...

—Nadie sabe lo que es, Arne —exclamó la joven.

—Hombre o máquina, he ahí la duda —rió él—. Pero yo me inclino a pensar en una máquina perfectísima, manejada por un grupo de desaprensivos que sólo buscan su propio beneficio.

—¿Cómo? ¿Crees tú...?

—Es una suposición solamente, Zylde. Un grupo de hombres sin conciencia, mandan sobre una humanidad que les obedece ciegamente y a la que amenazan con graves penas, caso de desobediencia. Y, mientras predicán todas las virtudes, ellos viven una existencia paradisíaca, asistidos y secundados, eso sí, por un grupo mayor de hombres cuyo oficio es la espada. Estos soldados están bien pagados y harán cualquier cosa que les manden los primeros.

—Me parece que empiezo a comprender, Arne.

—Lo celebro infinito. Ya he dicho, sin embargo, que sólo se trata de una suposición. Valdría la pena comprobarlo.

—Lo comprobaremos —exclamó Zylde firmemente—. Y terminaremos destruyendo el Gran Ojo y el poder que representa.

—El poder —repitió Arne con acento pensativo—. ¿Cómo lo desempeñabas tú en el Señorío de Kuwun?

—Bueno, yo dictaba las leyes..., pocas, porque ya estaban escritas aun antes de mi nacimiento... y vigilaba que se cumpliesen todas las órdenes del Gran Ojo... En realidad, y hablando con absoluta franqueza, no hacía nada.

—¿Tenías soldados?

—Cuatro cohortes, repartidas en distintos puntos. Pero yo no mandaba en ellos.

—Sí, ya sé, mandaba el Gran Ojo. ¿Cómo te transmitía sus órdenes?

—Había un teletipo en mi residencia. El comandante de los legionarios disponía de otro en su cuartel general. Los mensajes llegaban simultáneamente y, por supuesto, eran idénticos.

—Y ya sólo faltaba poner en ejecución la orden, cualquiera que fuese.

—Exactamente.

Arne se rascó la mejilla con el pulgar.

—Un teletipo —murmuró—. Puede resultar interesante.

—¿Qué dices? —preguntó Zylde.

Arne sacudió la cabeza.

—Nada, todavía nada. Saber que tienes un teletipo en tu residencia me ha dado una idea, pero tengo que concentrarla todavía en debida forma —contestó.

* * *

Los legionarios se detuvieron al pie de la montaña, un par de horas después de la salida del sol. Arne y Sighitor los contemplaban desde la brecha situada en la

periferia del roquedal y que permitía el acceso al interior del mismo.

Arne observó que dos de los vehículos portaban unos largos tubos a modo de cañones, cosa que le extrañó y preocupó considerablemente. Los legionarios, por su parte, iban armados con las consiguientes pistolas desintegrantes, inofensivas a partir de cincuenta o sesenta metros y sus lanzas y espadas, decorativas en las paradas y revistas, pero también mortíferas en la lucha cuerpo a cuerpo.

El comandante de la fuerza inició el ascenso por la serpenteante carretera que conducía a la brecha. Arne observó que usaba una especie de motocicleta, con orugas en la propulsión, pilotada por un soldado.

—Sea lo que pida, niégate, Sighitor —indicó Arne.

—Descuida —contestó el yildush.

Momentos después, el comandante de la fuerza llegaba a la entrada del roquedal. Su acompañante detuvo el vehículo y el oficial saltó al suelo.

—Te saludo, Sighitor —dijo, a la vez que alzaba la mano izquierda en señal de saludo—. Yo, Atius Quinto Sacerus, jefe de la Décima Cohorte, Primer Regimiento, Séptima Legión, te deseo larga vida.

—Mis deseos son los mismos, Sacerus —contestó Sighitor—. Te presento a Arne Bickar, cazador.

Sacerus hizo una inclinación de cabeza, a la que contestó Arne con un gesto similar. Luego, el legionario, dijo:

—Traigo órdenes con respecto a tu pueblo, Sighitor. Debes elegir cien de tus hombres. Me los llevaré para trabajar en las minas de platino.

—¿De quién proviene esa orden? —preguntó el yildush.

—Es una pregunta superflua. ¿Quién podría darla, si no es el Gran Ojo?

Sighitor sonrió.

—Supongo que nos atacarás si no obedecemos la orden, ¿verdad?

—Me disgustaría, pero lo haría en caso necesario —respondió Sacerus firmemente.

—Legionario, somos hombres libres. Ninguno de nosotros irá a las minas.

Sacerus y el yildush se contemplaron recíprocamente durante unos instantes.

—Habrás meditado bien tu decisión. —El legionario fue el primero en romper el tenso silencio que se había producido.

—Está meditada y todos nos hallamos dispuestos a afrontar las consecuencias de la negativa a las pretensiones del Gran Ojo —respondió Sighitor serenamente.

Sacerus hizo un movimiento con la cabeza.

—No hay nada más que hablar —dijo—. Adiós.

—Adiós.

El legionario volvió a su vehículo, que se puso en marcha inmediatamente. Acto seguido, Arne se encaró

con Sighitor:

—Los cañones, los cañones —recomendó aprensivamente.

Sighitor asintió.

—Tú me diste la idea —contestó—. Deja que ahora sea yo quien la ponga en marcha.

CAPÍTULO VII

Sighitor retrocedió corriendo al interior del roquedal. Arne quedó en la brecha, parapetado tras un grueso pedrusco.

De pronto, oyó pasos en las inmediaciones y se volvió.

Era Zylde.

—¿Qué haces aquí? —gruñó Arne.

—¿Puedo hacer algo allá dentro? —replicó ella.

Saccerus había llegado ya junto a su tropa. Dio una orden y los legionarios empezaron a desplegarse en semicírculo, detrás de los vehículos, como disponiéndose a iniciar el ataque a la fortaleza de roca.

Dos largos tubos se alzaron en ángulo de 45°. De pronto, uno de ellos disparó un largo rayo de luz, que chocó contra una altísima columna de piedra.

A los pocos segundos, la roca se puso incandescente. Medio minuto más tarde, se convirtió en humo.

—¡Demonios! —exclamó Arne—. Esos bárbaros quieren pulverizar la montaña.

El otro cañón deshizo una enorme roca, de varios cientos de toneladas de peso. En el lugar donde habían estado las masas pétreas, quedaron sendos huecos humeantes.

Zylida se sentía aterrada ante el fabuloso poderío de los cañones lanzarrayos. Arne empezó a ponerse nervioso.

Súbitamente, se oyó un terrible estruendo.

Centenares de gigantescos pájaros aparecieron volando por el otro lado de la montaña. Los legionarios, instintivamente, levantaron sus cabezas.

Cuatrocientas aves evolucionaron en perfecta formación, hasta situarse casi en la vertical de los atacantes. Cincuenta yildush se ocuparon de los cañones móviles.

Cada uno de los yildush era portador de una piedra de cincuenta o sesenta kilos de peso. Evolucionando a unos doscientos metros de altura, empezaron a lanzarlas sobre los vehículos.

Al mismo tiempo, los restantes defensores descendían un poco más bajo y atacaban a la infantería. Cada uno de ellos era portador de una bolsa con una docena de pedruscos, gruesos como un puño.

Las piedras zumbaron al caer de lo alto. Los legionarios se dispersaron instantáneamente. Algunos dispararon sus pistolas desintegrantes, pero todo fue inútil.

Los improvisados pedruscos causaban estragos entre los atacantes. Era una lluvia de proyectiles que rompían los huesos y destrozaban las cabezas, a pesar de la protección de cascos y corazas. Súbitamente, se oyó una atronadora explosión.

Uno de los cañones móviles, alcanzado en el tanque de energía por un colosal pedrusco, había saltado por los aires en mil pedazos. En el lugar donde había estado, quedó un enorme hoyo, de más de treinta metros de diámetro, por ocho o diez de profundidad.

Los sirvientes de la segunda pieza, intentaron escapar, pero sucumbieron, acosados por una docena de yildush, que les aplastaron con otros tantos pedruscos. El segundo cañón explotó también a los pocos momentos.

Los vehículos que habían servido para transportar a los legionarios fueron igualmente destrozados. La derrota se consumó en

pocos minutos y sólo unos cuantos legionarios pudieron escapar.

Sighitor aterrizó poco después, riendo desafortadamente.

—Ya no volverán por aquí —dijo—. Les hemos dado una lección que jamás olvidarán.

—No estés tan seguro —contestó Arne prudentemente—. De todas formas, bueno es que sepan cuál es tu respuesta a sus pretensiones.

—A nosotros nunca se nos había ocurrido usar los pájaros para lanzar proyectiles desde lo alto —declaró Sighitor—. Siempre usábamos las lanzas, en ataques a ras del suelo...

Arne contempló pensativamente los pocos legionarios que, a pie, emprendían el regreso a sus cuarteles.

—Esos pájaros servirán para lanzar proyectiles más poderosos que las piedras utilizadas hoy —dijo—. Pero no podemos construirlos sin los materiales necesarios.

—¿Qué materiales? —preguntó Sighitor.

—Allá abajo hay mucho metal. Es preciso reunir todos los fragmentos, por pequeños que sean. Yo te diré lo que se debe hacer, pero, mientras tanto, habrás de mantener una vigilancia permanente en el aire. Cuatro parejas, en los cuatro puntos cardinales, y a unos mil pasos de altura del suelo y a diez o doce mil de la montaña. De este modo, conoceremos con antelación cualquier concentración de tropas que pueda dirigirse hacia aquí con intenciones hostiles.

—¿Qué más, Arne?

El joven se volvió hacia Zylde.

—¿Hay aparatos voladores en Yissus? —preguntó.

—Si acaso, están en el proconsulado. Pero jamás los hemos utilizado nosotros —respondió la muchacha.

—Extraño mundo —comentó él—. Bien, de todas formas, si actuamos con rapidez y energía, tendremos tiempo de completar mi plan, antes de que Lóculo envíe contra nosotros a todo su ejército.

Dos semanas más tarde, los vigías aéreos señalaron la proximidad de un numeroso ejército.

—Tres legiones —dijo Sighitor preocupadamente, cuando conoció los efectivos de los atacantes, que se hallaban a dos días de distancia.

—Tres legiones, nueve regimientos, treinta y seis cohortes... —Arne movió la cabeza—. Unos cuarenta mil hombres en total, Sighitor.

—Contra cuatrocientos guerreros voladores y otros tantos a pie. Pero si usan sus cañones lanzarrayos, y parece que ahora disponen de muchos más que la primera vez, podemos considerarnos derrotados.

Arne sonrió.

—Tu poca fe es digna de conmiseración —manifestó crudamente.

—Las armas que ideaste no han sido terminadas todavía...

—Ya lo sé, todavía no podemos emplearlas. En realidad, yo no quiero utilizarlas contra los legionarios. ¿Me permites que salga yo mismo a explorar?

—Sí, desde luego.

Zyllda asistía al diálogo. Al oír las palabras de Arne, exclamó:

—Yo también quiero ir. Te acompañaré, Arne.

—Tú no sabes...

—He estado haciendo prácticas de vuelo. Me gusta —sonrió la joven—. Ahora sé volar tan bien como el mejor de los yildush.

—De acuerdo, no se hable más..., pero habrás de obedecer estrictamente mis indicaciones. No quiero que te ocurra nada, ¿estamos?

—Cuenta con mi más disciplinada obediencia —contestó Zyllda, a la vez que le hacía un alegre guiño.

Momentos después, los pájaros se elevaban en el aire. Arne hizo que tomaran la máxima velocidad, unos noventa kilómetros a la hora, lo que les permitió, sesenta minutos más tarde, avistar la densa columna de tropas que marchaban en dirección a la fortaleza de los yildush.

—¡Son demasiados! —gritó Zylde, por encima del estruendo de las alas de los pájaros—. Nos barrerán...

Arne no contestó. En aquellos instantes, el ejército enemigo se hallaba a unos diez kilómetros de un espeso bosque, cuyos árboles alcanzaban cien y más metros de altura.

De repente, se vio brillar un rayo, que nacía en uno de los vehículos de cabeza. El chispazo de luz pasó a pocos metros del pájaro montado por Zylde.

—¡Nos atacan! —gritó.

—¡Retirada! —ordenó él.

Las aves viraron en redondo, perseguidas por algunas descargas más. De repente, Zylde lanzó un agudo chillido.

Su montura, alcanzada de lleno, aleteaba desesperadamente. Arne lo vio y comprendió lo que iba a suceder.

—¡Salta! —insistió.

El pájaro de Zylde empezó a caer. Arne hizo maniobrar al suyo, situándolo debajo y a la izquierda del de la muchacha.

—¡Salta! —insistió.

Zylde obedeció. Arne apenas si tuvo tiempo de agarrarla por la cintura, justo cuando el enorme pájaro se desplomaba verticalmente.

La montura de Arne se tambaleó, pero consiguió mantenerse en vuelo. A fin de hacerle ganar velocidad, Arne la hizo descender en un pronunciado picado, a la vez que trazaba suaves zigzags, a fin de dificultar la puntería de los sirvientes de los cañones lanzarrayos.

Pero a los pocos momentos, se dio cuenta de un detalle y refrenó la marcha de su cabalgadura aérea. Sin dejar de sujetar a Zylde con una mano, hizo que el ave diera media vuelta, a fin de volar en círculos.

Los cañones dispararon varias descargas más, pero ni los humanos ni el gran pájaro sufrieron el menor daño.

—Armas incompletas —calificó Arne—. Sólo alcanzan unos tres kilómetros, en el mejor de los casos.

—Pero son terriblemente peligrosas —arguyó Zylde.

—No cabe la menor duda. Me mataron mi pájaro...

—En efecto, pero fue un tiro de suerte. El animal recibió la descarga en el límite de alcance de la pieza; de otro modo, tú y él os habríais convertido en humo instantáneamente. Calculo que la descarga, ya muy debilitada, afectó, sin duda, al corazón del pájaro. Pero, de haber volado quinientos metros más abajo, no tendría yo ahora mi brazo en torno a una cintura tan esbelta.

Zylde enrojeció vivamente.

—Todavía te queda humor para bromear —dijo, sulfurada.

Arne rió con fuerza.

—¿He dicho acaso una mentira? —contestó.

En línea recta, distaban unos cuatro kilómetros de la vanguardia adversaria. El bosque quedaba a su izquierda, a otros tantos kilómetros.

Era frondoso, espesísimo. Arne contempló la enorme aglomeración de árboles desde tres mil metros de altura y concibió una idea.

—Volvamos —dijo de pronto.

Una hora más tarde, se hallaba de nuevo ante Sighitor.

—Los legionarios están ya atravesando el bosque —informó—. Tienen que hacerlo, porque, de lo contrario, se verían obligados a dar un inmenso rodeo.

—El bosque es muy grande. Casi les costará una jornada la travesía —dijo Sighitor, que conocía perfectamente la región.

—Lo sé —respondió el joven—. Y es por ello que te pido cien hombres dispuestos a todo. Te explicaré mi plan...

Arne habló durante algunos minutos. Cuando terminó, Sighitor se mostro entusiasmado con la idea.

—Yo mismo iré con vosotros —exclamó.

—No. Conviene que sigas dirigiendo la fabricación de las armas que he ideado, para destruir el Gran Ojo. Nosotros nos bastaremos para dispersar a ese cuerpo de ejército que Lúculo ha enviado contra nosotros.

Sighitor reconoció la justicia de la observación. Momentos después, cien pájaros, sobre los que cabalgaban otros tantos guerreros, alzaban el vuelo en dirección al bosque.

CAPÍTULO VIII

Arne hizo que su montura se elevase a unos cuatro mil metros, mientras el resto de sus acompañantes volaban a ras del suelo. Desde la altura, Arne pudo ver que las legiones se habían adentrado en el bosque.

Antes de que lo cruzaran, deberían recorrer una veintena de kilómetros. Dada la espesura de la masa vegetal, su velocidad se veía forzosamente reducida. Este era un dato con el que Arne había contado al elaborar su plan de ataque.

Después de virar en redondo, hizo que su montura descendiese hasta el suelo, junto al lindero del bosque, en el punto más favorable, que había elegido ya previamente. Cien yildush le imitaron en el acto.

—¡Vamos, a trabajar! —gritó.

Había gran cantidad de ramajes y arbustos secos. Los cien hombres se esparcieron, manteniendo un espacio de treinta o cuarenta pasos entre cada uno, lo que daba un frente superior a los tres kilómetros. A los pocos minutos, empezaron a levantarse las primeras lenguas de fuego.

Arne había colocado a sus hombres en línea perpendicular a la dirección del viento. Cuando se dio cuenta de que ya no había forma humana de que se apagara el fuego, dio orden de volver a las

monturas.

—Vuelen siempre a mi altura, nunca más bajo; de otro modo, podrían ser alcanzados por los cañones lanzarrayos —aconsejó.

Cien gigantescos pájaros se elevaron en seguida. El fuego se propagaba con enorme rapidez. A los pocos minutos, había ya un frente de llamas de varios kilómetros de extensión.

Una colosal humareda oscurecía el cielo. Arne voló oblicuamente, conduciendo a sus hombres, hacia el lindero opuesto del bosque.

Los legionarios empezaban a salir ya, muchos de ellos dispersándose sin orden ni concierto. Arne esperó a que salieran los vehículos de transporte de las piezas, a los que atacó en el acto con gruesas piedras.

Doce cañones volaron a los pocos momentos. Destruídas las armas pesadas, Arne hizo que sus guerreros atacasen a los legionarios desde cien metros de altura.

Los pedruscos volaban continuamente, abatiendo a los soldados del procónsul. Cuando algún yildush acababa su carga de piedras, se alejaba algunos kilómetros, aterrizaba, llenaba su bolsa nuevamente y volvía al combate.

A media tarde, acabó la batalla.

Las bajas que los legionarios habían sufrido no eran muchas. Pero, sin la protección de los cañones y sin posibilidad de luchar contra los disparos que se les lanzaban desde las alturas, su moral bajó a límites inconcebibles.

Entonces, Arne exigió que se despojaron de las armas y las corazas. Algunos, obstinados, se resistieron, pero acabaron de obedecer cuando se vieron de nuevo bajo una lluvia de piedras, contra las cuales no había protección posible.

Antes de que se hiciera de noche, el suelo estaba cubierto de despojos. Más de treinta mil hombres emprendieron una vergonzosa retirada hacia la capital de Yissus.

Sighitor exultaba de júbilo.

—¡Les hemos vencido! ¡El ejército de Lúculo ya no es invencible!

—gritaba, bailoteando frenéticamente en torno a la hoguera que alumbraba la puerta de la cueva en que se alojaba.

—Modera tu entusiasmo —dijo Arne sensatamente—. La guerra no ha hecho más que empezar y el Gran Ojo sigue actuando todavía.

—Pero, con tu ayuda, lo destruiremos,..

—Esa destrucción no será cosa de un día. Antes debéis trabajar mucho, a fin de poner a punto las armas que he ideado. Y es probable que os veáis obligados a rechazar algún otro ataque.

—¿Por qué no atacar ahora? En menos de un día, podríamos situarnos sobre Yissadia, la capital...

—Un cuerpo de ejército ha sido desarmado, es cierto, pero a Lúculo le queda todavía otro tanto. No siempre vas a disponer de un bosque al que poder dar fuego, para hacer que los legionarios se desbanden. ¿Podrías hacer lo mismo con Yissadia?

—Si fuese necesario, ¿por qué no? —exclamó Sighitor orgullosamente.

—¿Forma Yissadia parte de los territorios que os arrebataron?

—No, claro que no. Nuestros territorios están más lejos, al Noroeste, precisamente en donde hace años se descubrieron los yacimientos de platino.

—Bien, pega fuego a Yissadia y te habrás granjeado la enemistad de los indígenas para siempre. Ellos quieren, como todos, que desaparezca el Gran Ojo o, por lo menos, que su influjo quede contenido dentro de ciertos límites. Pero sería mala política si, para conseguirlo, causaras algún daño a los que un día pueden ser tus amigos.

—Sí, tienes razón —convino Sighitor—. Construiremos las armas, pero... ¿qué harás tú mientras?

Arne sonrió.

—Me conviene tomar contacto con el terreno en que se han de desarrollar las operaciones —contestó.

—Lo que estoy oyendo sugiere la idea de una exploración previa —dijo Zylida, silenciosa hasta aquel momento.

—Exacto —admitió Arne.

—En tal caso, necesitas la compañía de una persona conocedora del terreno.

Arne escrutó durante unos instantes el hermoso rostro de Zylđa.

—Has cambiado bastante, desde que eras una mujer ociosa y sin perspectivas, dispuesta únicamente a gozar de una vida muelle y llena de satisfacciones —dijo. Zylđa se encogió de hombros.

—Eso pertenece ya al pasado —contestó—. Pero no debes olvidar que ya había empezado a abandonar esa vida muelle y placentera. ¿O no te acuerdas ya de los motivos por los que fui expulsada de mi señorío?

—Tienes razón y te presento mis más sinceras excusas. Partiremos mañana, antes del amanecer. Hemos de llegar a Yissadia de noche.

—De acuerdo —aceptó Zylđa.

* * *

El gran pájaro tomó tierra en un lugar solitario, poco antes del anochecer. A lo lejos se divisaban ya las luces de la capital.

Arne y Zylđa saltaron al suelo. Arne emitió un leve graznido y el pájaro emprendió el vuelo de inmediato.

—Podías haberle ordenado que nos aguardase en las inmediaciones —dijo Zylđa.

Arne sacudió la cabeza.

—Los pájaros gigantes no acostumbran a vivir en las cercanías de las zonas pobladas. Alguien podría verlo y recelaría inmediatamente. De todas formas, para tu tranquilidad, te diré que hemos volado juntos muchos días y nos hemos compenetrado de una manera casi perfecta. Cuando lo necesite, acudiré, descuida.

Arne sacó de uno de los bolsillos de su traje un largo tubo

blanco, con algunos orificios. Zyllda observó que el tubo era hueco.

—Un silbato —explicó él—. Emite unos sonidos que están más allá de la escala de los normalmente perceptibles por el oído humano. He entrenado a mi pájaro, para que acuda, esté donde esté, cuando emita una contraseña especial. Con otra contraseña, acordada con Sighitor, haré que vengan todos los demás, cargados con sus jinetes y dispuestos al ataque.

—No está mal —apreció Zyllda—. ¿Vamos?

—Sí, pero ¿adónde?

—Tomaremos habitaciones en uno de los albergues de Yissadia. Mañana, bajo la apariencia de paseantes inofensivos, nos acercaremos al lugar donde está el Gran Ojo. ¿Te parece bien?

—Estupendo —aprobó él.

Dos horas más tarde, entraban en el albergue.

Era un edificio de varias plantas, de forma peculiar, construido totalmente de madera. Junto a la entrada, había un sujeto de expresión poco menos que idiotizada.

—Las consecuencias de vivir bajo la vigilancia y protección continua del Gran Ojo —indicó Zyllda en voz baja—. La gente ya ni piensa, ni razona...

—¿Podrá, al menos, contestarnos afirmativamente cuando le pidamos cena y dos habitaciones?

—Ahora lo sabremos.

Zyllda se acercó al sujeto.

—Comer y dormir. Dos personas, habitaciones separadas —dijo escuetamente.

—Lo consultaré —respondió el conserje.

El hombre se volvió y agarró algo parecido a un teléfono, por el que habló para repetir casi al pie de la letra las palabras de Zyllda. Momentos después, se oyó una voz que no parecía proceder de una garganta humana :

—Pregunte nombres y procedencia de los solicitantes.

—Es verdad —exclamó el conserje.

Arne fue a decir algo, pero se le anticipó la muchacha:

—Kazia-erth-Kazir y su hermano Kazithor.

El conserje repitió las falsas identidades. La máquina contestó:

—Hay comida y alojamiento.

—Pasen al comedor —indicó el conserje—. Suban luego a sus habitaciones, números veintiséis y veintiocho.

—Gracias —dijo Zyllda.

El comedor estaba poco menos que vacío. Una camarera de rostro estólido les sirvió verdura, carne asada y frutas. Al terminar, pidió su importe.

—Cinco garants.

—Cómo han subido los precios —se asombró Zyllda.

—¿Es acaso una novedad? —sonrió Arne, mientras se disponía a pagar.

—Estuve en Yissadia hace un año. El mismo menú me costó un garant solamente.

—Quizá hay dificultades de aprovisionamiento...

—Nada de eso —contradijo Zyllda—. Estoy segura de que los cuatro garants que sobran irán a parar al bolsillo de Lúculo. Cuando se vaya de Yissus, será dueño de una inmensa fortuna.

, —Pero... ¿no hay quien le controle? ¿No existe un organismo superior a él que vigile sus actividades?

Zyllda hizo un gesto de indiferencia.

—I*os procónsules gozan de una autoridad absoluta en el planeta que gobiernan —respondió—. Al emperador sólo le importa que Yissus siga produciendo y que no se altere el orden. Lo demás, le tiene sin cuidado.

—Ah, emperador y todo —dijo Arne con ironía en la voz.

—Sí, Su Altísima y Venerable Majestad, Tertius Caius Heptarkus VII de su nombre y trigésimo segundo de su dinastía.

—Una dinastía de tiranos y ladrones, vamos.

—Aproximadamente. —Zylda ahogó un bostezo—. Estoy muy cansada, Arne.

El joven se puso en pie.

—Este es el momento de irse a dormir —dijo.

CAPÍTULO IX

Por la mañana, alquilaron un carro tirado por dos caballos. Era un vehículo pesado, pero cómodo, con un toldo para proteger a sus ocupantes de las inclemencias del tiempo.

Zylde demostró conocer bien la capital. Arne contempló curiosamente las edificaciones de Yissadia, en las que la madera era el elemento predominante.

Sólo algunos edificios estaban contruidos en piedra, De cuando en cuando, se tropezaban con alguna patrulla de legionarios, que marchaban rítmicamente, marcando el paso, al mando de un oficial generalmente.

En las afueras de la ciudad, vieron un edificio de dimensiones colosales.

—El Circo Heptárquico —señaló Zylde.

—Ah, un coliseo.

—Sí. De cuando en cuando, el procónsul ofrece espectáculos a la plebe. Mira esos carteles, pasado mañana, habrá juegos entre gladiadores y también la ejecución de algún condenado a muerte.

—¿Cómo los ejecutan? —preguntó Ame, curioso.

—Decapitación... o bien los hacen luchar con las fieras.

—Yo creí que empleaban las transportadoras —dijo él, pensativo.

—Ese método sólo se emplea con ciertos condenados de categoría, cuando se desea que su muerte no sea conocida —respondió Zylde.

Siguieron adelante. Una hora después, remontaron una barrera de colinas, al otro lado de la cual y en un profundo valle, divisaron una extraña construcción, sobre la cual se divisaba un extraño remate, de enormes dimensiones.

Zylde extendió el brazo y dijo:

—El Gran Ojo.

Arne contempló el espectáculo en silencio durante unos minutos. Había en el centro del valle una colina cubierta de hierba, de unos doscientos metros de altura por casi mil de diámetro en la base. Era fácil advertir que los constructores habían aprovechado la eminencia para situar allí el Gran Ojo. Después de grandes trabajos, habían conseguido dar a la colina una forma perfectamente cónica.

En la cima, lisa, de unos cuatrocientos metros de diámetro, se alzaba un enorme edificio circular, de muros absolutamente lisos y de más de cien metros de altura. Un poste cilíndrico, que no mediría menos de cincuenta metros de diámetro, se alzaba a doscientos metros más sobre la estructura.

El poste sostenía un gigantesco globo compuesto por millones y millones de facetas que componían la superficie exterior del globo. En realidad, Arne apenas si habría reparado en el detalle, de no habérselo advertido Zylde previamente.

—El Gran Ojo —repitió la joven.

—De ahí es donde salen todas las normas que regulan los menores detalles de la vida de cada uno —dijo él.

—Desde que nace, hasta que muere —corroboró Zylde.

—El edificio parece muy sólido. Pero ¿qué pasaría si se destruyese ese globo?

—No lo sé, Arne. Sin embargo, habrá que probar, ¿no te parece?

El joven asintió. De repente, vieron venir hacia ellos a una patrulla de jinetes armados.

—Eh, vosotros, ¿es que no sabéis que no se puede estar aquí? —gritó el jefe de la tropa.

Arne alzó una mano.

—Disculpenos, amigo —contestó mansamente—. Vinimos paseando...

—Vuélvanse inmediatamente. Están en terreno prohibido.

—Tú nos mandas, señor. Volvamos, hermana.

Zylda tiró de las riendas y los caballos volvieron grupas.

—Esos malditos —dijo ella a poco, pálida de furor.

—¿Los odias? —preguntó Arne.

—Están ilegítimamente en Yissus, por la ley de la fuerza...

—No sé por qué te enojas. ¿Qué importa quién imponga su fuerza bruta, hombres o máquinas? ¿O es que siempre ha habido un procónsul en Yissus?

—No, es cierto; pero, al principio, los hombres de Heptarcus, vinieron para protegernos del Gran Ojo, según decían. Les dejamos instalarse en el planeta y ahora han unido su tiranía al de esa horrible máquina.

—Pronto se acabará todo —aseguró él.

Regresaron al hotel. Arne subió a su habitación para asearse.

A los pocos momentos, oyó que llamaban a la puerta.

—Entra, Zylda, está abierta —gritó.

La puerta se abrió. Arne oyó ruido de pasos dados con botas ferradas y se volvió en el acto.

—¿Quién diablos...? —exclamó, atónito, al ver una patrulla compuesta por tres legionarios.

—Deseamos saber su nombre —dijo el jefe de la patrulla—, Soy Flavio Cuarto, decurión de Seguridad.

Arne levantó las cejas.

—Está en el registro —contestó—. Supongo que sabe leer, decurión —añadió fríamente.

—Porque sé leer, le pregunto su nombre auténtico. Kazithor-erth-Kazir, murió hace tres años. Su hermana se llama Kazadia y no Kazia.

Hubo un momento de silencio. Luego, Arne dijo:

—Está muy bien enterado de las cosas, decurión.

—Antes de dar un nombre falso, debió pensar que todos, absolutamente todos los nombres de las personas que existen o han existido en Yissus, están registrados en el Gran Ojo.

—Comprendo. Alguien pasó ese informe al procónsul...

—Y su Excelencia quiere saber quiénes son las personas que usan nombres falsos en Yissadia y por qué los usan.

—Lo que significa que estoy detenido.

—Sí.

De nuevo se produjo una pausa de silencio. Súbitamente, Arne arremetió contra los legionarios, en un desesperado intento de escapar a la crítica situación tan inesperadamente planteada.

Derribó a uno, pero Cuarto le golpeó en la cabeza con el puño de la espada. Cuarto sabía manejar el arma a la perfección, en todas sus posiciones, y Arne cayó como buey apuntillado.

Dos legionarios aparecieron en el pasillo, empujando a Zylde sin ninguna ceremonia.

Un oficial, con rango de tribuno, apareció entonces,

—Los sospechosos han sido detenidos, señor —anunció Cuarto.

El recién llegado contempló con aire pensativo el cuerpo de Arne.

—¿Muerto? —preguntó.

—No, señor; simplemente desmayado. Trató de escapar y me vi obligado a golpearle.

—Está bien. Quarto, lleve a los prisioneros a la Sala de la Verdad. Quiero interrogarles yo en persona.

Quarto saludó rígidamente.

—Tú me mandas, señor —contestó.

* * *

Aún le dolía la cabeza, pero Arne se sentía ya perfectamente consciente de lo ocurrido. Estaba en una habitación de forma cúbica, someramente decorada, con algunas sillas y una mesa muy sencilla, detrás de la cual se hallaba un hombre con las insignias de tribuno en las hombreras de su coraza dorada.

—Soy Segundo Arvidus, tribuno jefe de Seguridad —se presentó el legionario—. ¿Tu nombre?

Arne apretó los labios.

—No hablaré —contestó.

Arvidus sonrió.

—Está bien —dijo.

No parecía enfadado, observó Arne. Pero el tribuno movió una mano y dos legionarios, situados tras la silla en que estaba sentado el prisionero, hicieron descender algo del techo.

Arne sintió que su cabeza desaparecía en el interior de un casco esférico de grandes dimensiones, provisto de una máscara de cristal muy oscuro, pero que, no obstante, le permitía ver a Arvidus con toda facilidad.

Arvidus tenía delante de sí un pequeño tablero de mandos. Tocó un par de botones y apoyó dos dedos sobre lo que parecía el mando de un reóstato.

—Dime tu nombre —ordenó.

—No hablaré...

Arne sintió de repente que la cabeza le estallaba. Un intensísimo dolor traspasó su cráneo desde la periferia, estallando en el centro con violentísimos fogonazos que repercutían en sus pupilas.

—¿Tu nombre? —insistió Arvidus, sin inmutarse.

El prisionero comprendió que era imposible resistir semejante tortura.

—Arne Bickar. Cazador.

—Tú no eres de aquí —dijo Arvidus—. ¿De dónde procedes?

—Phorkus VII. Era coronel del ejército.

—¡Caramba, un coronel, convertido en vulgar cazador de pieles! Y, ¿a qué se debe ese cambio?

—Disconformidad con la política exterior de mi Gobierno.

Arvidus frunció el ceño.

—Coronel es un grado similar al mío —dijo—. Somos colegas, aunque tú no estés en activo.

—¿Tiene eso alguna importancia ahora?

—A decir verdad, ninguna. Dime, ¿qué haces verdaderamente en Yissus?

—¿Me obligarás a decirlo?

Arvidus señaló el tablero de control.

—Lo siento, pero podría hacer volar tu cráneo en mil pedazos y no sería una cosa instantánea —dijo.

—Aquí no hay abogados, ¿verdad?

—¡Qué cosas tienes! —Arvidus rió cínicamente—. Sólo se cumple la ley del procónsul.

—O la del Gran Ojo.

—Es lo mismo. ¿Hablas o...?

—Dime, colega. Anoche, me cobraron cinco garants por la cena. ¿Qué porcentaje te corresponde de ese sobreprecio?

El rostro del tribuno se puso rojo de ira. Fue a decir algo, pero se contuvo. Su mano señaló el tablero de control.

—Es la última vez que te lo pido —dijo.

La puerta del cuarto se abrió de pronto.

—Señor —dijo el legionario que acababa de entrar—. la prisionera ha hablado. Se llama Zylde-erth-Kuwun, señora de Kuwun, y ha declarado que, en unión de este hombre, vinieron a destruir el Gran Ojo.

Arne lanzó un resoplido.

—Ya está dicho todo —exclamó, resignado.

—¿Lo confirmas? —preguntó Arvidus.

—¿De qué serviría negarlo? Sí, vinimos a destruir el Gran Ojo.

—Es suficiente. —Arvidus hizo un gesto y el casco ascendió hasta el techo—. Enciérrelos hasta nueva orden —agregó.

Momentos más tarde, Arne se reunía con la joven en una celda en la que había dos camastros.

Zylde se arrojó en sus brazos, llorando desconsoladamente.

—Estamos perdidos, Arne —dijo—. He tenido que hablar... El casco es un tormento insoportable...

Arne acarició los cabellos de la muchacha.

—Todavía no estamos perdidos —dijo. Pero era una frase de ánimo, que concordaba muy poco con la tétrica realidad en que se hallaban sumergidos.

CAPÍTULO V

—No sé qué será de nosotros —suspiró Zylde momentos más tarde, algo más calmada—. Lúculo es un hombre despiadado, créeme.

Arne examinó la celda. Era un cubículo de cuatro metros de largo, por otro tanto de ancho y tres de altura. Disponía de un pequeño lavabo contiguo y no había otros muebles que los camastros, situados a ambos lados de las paredes más largas.

—Ni siquiera ventanas —murmuró.

Una lámpara de luz fría daba luz en el techo, ni excesiva ni molesta, pero permitía ver sin dificultad.

—¿Sabes dónde estamos, Zylde? —preguntó de súbito.

Ella le miró sorprendida.

—¿Es que no te has enterado? —exclamó—. Estamos en las celdas del Circo Heptárquico... y el que vienes parar a una de estas celdas, ya no sale del circo con vida.

Arne sintió un nudo en la garganta.

—Nos ejecutarán —dijo.

—¿Puedes esperar otra cosa de ese hombre despiadado que se llama Lúculo?

El joven empezó a pasearse por la estancia, con las manos en los bolsillos de sus pantalones. De pronto, sus dedos tocaron un tubo delgado y recto.

—El silbato —dijo, enseñándolo—. Pero aquí es tan inútil como si estuviese con nosotros el propio pájaro.

—Aunque lo uses cuando te saquen a la arena, el pájaro está demasiado lejos para acudir a tiempo —manifestó Zylde.

Arne hizo saltar el silbato en la palma de la mano. Luego volvió a guardarlo.

—Supongo que no habrá medio de escapar de aquí —dijo.

Zylde movió la cabeza negativamente.

—Ni lo sueñes —repuso.

—Es una lástima que no haya podido darme cuenta de la disposición interior del circo. Estaba sin sentido cuando me trajeron y sólo me desperté en la sala de interrogatorios. Luego he visto unos pasillos, pero nada más...

Zylde se tendió en uno de los camastros y cerró los ojos.

—Arne —dijo de pronto, sin variar de postura.

—¿Sí?

—Lamento lo ocurrido. Vas a morir por mi culpa...

—¿Morir? —Arne rió—. Todavía estamos vivos.

De repente, se oyó una voz en la celda.

Arne se volvió. La voz brotaba de un altoparlante que parecía formar parte de la estructura de las paredes.

—Atención, atención. Escuchen los prisioneros llamados Arne Bickar y Zylde-erth-Kuwun, arrestados por el delito de traición. Confirmada la acusación por sus propias declaraciones, pasado mañana serán ejecutados en el circo, mediante la mordedura de una fiera. Es orden de Su Magnificencia Daio Sexto Lúculo, Procónsul.

La voz se extinguió. Zylde, que se había incorporado un tanto en el camastro, volvió a tenderse.

—Es el fin —dijo, con sombrío acento.

Dos días más tarde, todo un lienzo de pared se iluminó bruscamente.

Los prisioneros, asombrados, pudieron ver un panorama general del Circo, atestado de espectadores. El sonido llegaba a la perfección y se escuchaban los gritos y las risas de los asistentes.

Dos hombres semidesnudos saltaron a la arena, armados con sendas espadas. Un locutor anunció sus nombres.

Los gladiadores dieron comienzo a la lucha. Minutos más tarde, una cabeza humana voló por los aires, seccionada limpiamente por un feroz mandoble.

El vencedor, cubierto de sangre, alzó su espada, de la que todavía caían gotas rojas. La multitud le aplaudió con entusiasmo.

El locutor anunció:

—¡Con su victoria, Shakkus Dort ha ganado el premio del licenciamiento de filas y la cantidad de mil garants, libres de impuestos!

—Un hombre libre —suspiró Arne.

Más combates se sucedieron. Los contendientes luchaban, en general, por premios similares al conseguido en primer lugar, pero algunos eran condenados a muerte, que buscaban así conseguir el premio de la existencia.

Las cámaras enfocaban de cuando en cuando al procónsul. Lúculo, alto, delgado, de nariz aguileña y casi calvo, usaba, sorprendentemente, unas grandes gafas, con montura de platino. Era un extraño contraste con su indumentaria, compuesta por túnica, toga y manto de púrpura, ornado con una greca de oro en los bordes. En la mano izquierda lucía un anillo con una enorme amatista y, sobre las sienes, llevaba una corona de laurel, de oro puro, adornada con brillantitos.

De pronto, Arne se percató de un detalle.

—Zylda, ¿por qué grita y ruge tanto la muchedumbre? —exclamó.

—El espectáculo, hombre —contestó ella—. Despierta su sed de sangre y...

—No, no es posible —murmuró Arne pensativamente—. He visto a la gente de Yissus por las calles y todos parecían tontos, idiotizados, poco menos que máquinas con figura humana. Y, de repente, en el Circo, se transforman y se muestran terriblemente humanos, aunque sea en el aspecto negativo de disfrutar con la muerte y los padecimientos de unos congéneres.

—Siempre ha sido así —dijo Zyllda.

Arne se volvió hacia la joven.

—Siempre... —repitió—. Pero, dime, ¿adoptan la misma actitud los que presencian el espectáculo por televisión?

Zyllda se quedó cortada.

—Pues... no sabría decirte...

—Tú eres de este planeta. Habrás presenciado más de un espectáculo en el Circo, aunque sea desde tu residencia. ¿Se portaban así los kuwunitas?

—No —contestó Zyllda— Es más, la mayoría, ni siquiera se les ocurría ver el espectáculo, a pesar de que sabían que se iba a realizar.

Los ojos de Arne fueron de nuevo hacia la pantalla. Escrutó las imágenes del coliseo. En la parte superior de los graderíos había unas altas torres, aparentemente destinadas a la iluminación durante los espectáculos nocturnos.

Las lámparas parecían apagadas. Un detenido examen indicó a Arne que algunas de ellas emitían un tenue resplandor, apenas perceptible, con distintas alternativas en su intensidad luminosa.

Un gladiador fue abatido por un certero golpe de la espada de su adversario. La luminosidad rojiza de los focos se intensificó extraordinariamente. Se oyó un griterío terrible, que empezó a atenuarse cuando disminuyó junto con el resplandor de los proyectores.

Arne captó el detalle y se aterrorizó.

—¡Zyllda, cien mil personas tienen la mente prisionera! —

exclamó.

Ella le miró atónita. Fue a decir algo, pero, en aquel momento, se abrió bruscamente la puerta del encierro.

Un decurión, seguido de media docena de guerreros, apareció en el umbral.

—Ha llegado vuestra hora. ¡Salid! —ordenó.

Arne pasó un brazo por los hombros de Zylde.

—¿Podemos saber, al menos, cómo vamos a morir? —preguntó.

—No hay inconveniente. Un par de «nitrim» hambrientos aguardan llenar su estómago dentro de pocos minutos.

* * *

Dos lanzas empujaron a la arena a los condenados. Detrás de ellos se cerró una reja con metálico estribor.

Arne parpadeó, deslumbrado, hasta que sus pupilas se hubieron acostumbrado al violento resplandor de la arena del circo. Se oían algunos murmullos en los graderíos, pero, en general, la nota dominante era el silencio.

Miró hacia los reflectores; apenas si se notaba su nota luminosa. Arne comprendió que, cuando el resplandor se intensificase, las mentes de los espectadores serían activadas y prorrumpirían en gritos e invectivas contra ellos.

Pero ¿cómo se libraban de la influencia de aquella infernal luz los legionarios?

—Voy a darte un consejo, Zylde —dijo.

—Sí, Arne.

—Ten valor. Espera al «nitrim» a pie firme. Cuando ataque, avanza la cabeza. Deja que acabe contigo de una sola dentellada; es el mejor método para no padecer.

La voz de Zylđa tembló ligeramente:

—Sí, lo haré, te lo prometo —respondió.

De repente, aumentó el resplandor de los focos. Un terrible clamoreo se alzó de los graderíos.

En su tribuna, Lúculo, rodeado de su estado mayor, adelantó el busto con morbosos intereses. Una reja se alzó y dos colosales bestias salieron lentamente a la arena.

Arne se estremeció un instante. Aquellos enormes «nitrim»...

Los animales caminaron pesadamente, alzando la cabeza para olfatear el ambiente. De pronto, se detuvieron a unos veinte pasos de los condenados.

—Zylđa, cuando yo te lo diga, echa a correr hacia ellos —murmuró Arne.

No tenían escapatoria posible: por tanto, lo mejor era acabar cuanto antes.

Uno de los «nitrim» miró escrutadoramente a la pareja. Arne sintió clavados en su rostro los ojos de la fiera.

De repente, Arne creyó notar una especie de llamada mental en su cerebro. Parpadeó, extrañado.

«Te reconozco», dijo una voz que nadie más sino él podía escuchar.

«¿Quién eres tú?», preguntó Arne telepáticamente, dándose cuenta de que, quienquiera que fuese su misterioso interlocutor, podía emplear sin la menor dificultad aquel medio de comunicación.

«Estoy frente a ti. Pudiste haberme matado, pero te sentiste conmovido al verme amamantar a mi hijo.»

Arne casi lanzó un grito de asombro al comprobar la verdad.

«Eres el "nitrim" hembra que...»

«Sí, yo soy.»

«Pero, entonces, los "nitrim" sois inteligentes...»

Al joven le pareció que escuchaba una carcajada en el interior de su cerebro.

«Ya es hora de que alguien se diese cuenta de ello. Atiende, humano, tú te mostraste compasivo conmigo y con mi hijo. Quiero corresponder, salvándote la vida a ti y a tu hembra.»

«¿Cómo?», preguntó Arne ansiosamente.

«Ella subirá a los lomos de Utsik. Yo te llevaré a ti. Agarraos fuertemente a nuestra piel. Utsik y yo nos encargaremos del resto.»

«De acuerdo —pensó Arne—. ¿Cómo te llamas?», preguntó.

«Utsikia.»

Arne se volvió hacia Zylde que parecía inmovilizada por el terror de la muerte que consideraba inminente.

—Vamos a salvarnos —anunció—. Haz todo lo que yo te diga.

Zylde le miró extrañada creyendo que el joven había perdido el juicio ¿Cómo iban a librarse de aquellos enormes animales?

De repente los «nitrim» avanzaron hacia los humanos. Un griterío general brotó de miles de gargantas humanas.

Una ávida sonrisa surgió en los labios de Lúculo.

—Después, me haré un buen abrigo con las pieles de esos bichos —dijo.

CAPÍTULO XI

Los «nitrim» avanzaron hasta llegar a un par de pasos de los condenados. Entonces, doblaron las patas delanteras.

«¡Arriba!», ordenó Utsikia.

—¡Vamos, Zylde! —gritó Arne.

Corrieron hacia los «nitrim». Arne se agarró a los largos vellos que pendían por los costados de Utsikia y trepó rápidamente a sus lomos.

«¡Agarraos bien!», recomendó Utsikia.

—¡Agárrate bien! —gritó Arne.

Zylde había trepado ya a los lomos del otro «nitrim». El asombro entre los espectadores era mayúsculo, pero, sobre todo, en la tribuna ocupada por el procónsul y sus altos dignatarios.

Los «nitrim» dieron media vuelta y emprendieron un galope velocísimo. Arne se dio cuenta de que los lomos de su cabalgadura eran blandos y mullidos, de una enorme comodidad, que les permitía sostenerse sin apenas dificultades. En la tribuna presidencial, Lúculo aulló coléricamente, gritando órdenes a su guardia.

Pero ya no había nada que hacer. El antepecho de la tribuna

estaba a poco más de tres metros sobre la arena. Aquellos seres tan pesados salvaron el obstáculo con toda facilidad de un solo salto.

Se oyeron atroces gritos, cuando algunos legionarios fueron aplastados por los «nitrim». Lúculo escapó a la muerte, gracias a haberse tirado al suelo rápidamente, al pie del antepecho.

Dejando tras sí un sangriento rastro de muertos y herido, los «nitrim» se precipitaron hacia la amplia escalinata que permitía el acceso a la tribuna principal. Los legionarios de la escolta de Lúculo huyeron despavoridos al ver aquellas enormes bestias que se les arrojaban encima con ímpetu incontenible.

En unos instantes, los cuadrúpedos y sus jinetes se hallaron en el exterior del Circo. Arne concibió de pronto una idea.

«A la izquierda, Utsikia», gritó.

El «nitrim» hembra obedeció. Su compañero le siguió en el acto.

Un minuto después, se hallaban en campo libre. La velocidad de aquellos seres era extraordinaria: Arne calculó que no galopaban a menos de setenta u ochenta kilómetros a la hora, sin que ello significase exceso de esfuerzo para sus enormes corpachones.

«Utsikia, estoy anonadado —dijo mentalmente—. Jamás se me hubiera ocurrido que los "nitrim" fuerais seres inteligentes.»

«Nunca nos han considerado como a tales. Nos cazaban como alimañas, sólo por el valor de nuestras pieles.»

«Y os enviaban al circo...»

«Esto ya era menos frecuente. Ahora, el gran jefe de soldados quiso, por lo visto, introducir una variación en el espectáculo.»

«Pero ¿cómo pudieron daros caza?»

«Proyectiles de alto poder narcótico. Cuando despertamos, mi pareja y yo estábamos encerrados en las jaulas del circo.»

«Comprendo. Así pues, Utsik es tu pareja...»

«Sí...»

«¿Qué ha sido de tu cría?»

«No me preocupa. Ya es casi adulto. Sabrá desenvolverse.»

«Utsikia, cuando nos vimos la primera vez, me pareció que intentabas comunicarte conmigo. Sin embargo, no logré entender lo que querías decirme.»

«Simplemente, te daba las gracias por no haberme atacado. Pero en aquellos momentos no supe dar con la longitud de onda mental correspondiente a tu cerebro.»

«¿Y ahora...?»

«Ya tenía cierta experiencia. No me resultó difícil.»

«Comprendo. Utsikia, ¿puedo pedirte un favor?»

«Desde luego.»

«Estoy luchando contra la tiranía del procónsul y del Gran Ojo. Necesito que nos lleves a determinado lugar.»

«Muy bien. Guíanos.»

Arne contempló el panorama un instante. Luego pensó:

«Un poco a la izquierda, Utsikia.»

Sin la menor objeción, el cuadrúpedo varió su rumbo. Utsik le siguió en el acto.

* * *

«Para», ordenó Arne.

El «nitrim» se detuvo. Utsik le imitó.

Estaban en el lindero de un enorme bosque, a unos

cinco kilómetros de la colina donde se hallaba el Gran Ojo. Zylde miró al joven intrigada.

—¿Qué pretendes hacer ahora, Arne?

Hubo una pausa de silencio. Arne se acariciaba la mandíbula con

gesto pensativo.

—Me gustaría entrar en el edificio —dijo al cabo.

—¡Imposible! —exclamó ella.

—¿Lo dices por la guardia o porque no hay ninguna puerta?

—No sé cómo podrías abrir la puerta que permite el acceso al exterior, sin la llave adecuada —respondió Zylde—. Pero, aunque lo consiguieras, ¿cómo salvar la vigilancia de los legionarios?

—Zylde, ¿te has dado cuenta de nuestra posición?

La joven paseó su mirada por el panorama. Delante de ellos estaba el Gran Ojo. Al otro lado, a unos diez kilómetros, Se hallaba Yissadia, la capital.

Arne levantó la vista al cielo. El sol de Yissus se ocultaría antes de una hora.

—De todas formas, esta noche intentaré explorar el terreno —dijo, pasados unos instantes.

«¿Debemos esperarnos aquí?», preguntó Utsikia.

«No te pediré ya nada, que no creas debas hacer», respondió el joven.

«En ese caso, nos iremos.»

«Sí, comprendo.»

Arne se dejó resbalar al suelo. Zylde comprendió que debía hacer lo mismo.

La mano de Arne acarició el enorme hocico de Utsikia.

«Nunca os olvidaremos», pensó.

«Ahora ya sabes que podemos comunicarnos. La distancia no es obstáculo para comunicarnos, cualquiera que sea la distancia que nos separe. Si un día nos necesitas, llámame.»

«Ojalá no tenga necesidad de ello. Adiós, Utsikia.»

«Adiós, Arne.»

Los «nitrims» dieron media vuelta y se alejaron trotando. Lanzando un profundo suspiro, Zylde se dejó caer sobre la hierba.

—¿Eres un mago, Arne? —preguntó—. ¿Cómo has logrado que te obedecieran esas bestias?

Arne se volvió y la contempló largamente.

—Zylde, los «nitrims» no son bestias —contradijo.

* * *

Arne había conseguido hacerse con un arma primitiva: un buen garrote, procedente de una rama seca caída en el suelo, que había pulido un tanto, con la ayuda de un pedrusco. Apenas se hizo de noche, agarró a Zylde por una mano y la hizo ponerse en pie.

—¿Cómo no he conseguido yo comunicarme con mi «nitrim»? —preguntó, todavía no repuesta del asombro que le había producido la increíble revelación del joven.

—Quizá Utsik no lo creyó oportuno. También puede ser que considerase suficiente que fuera Utsikia quien llevase la voz cantante, aunque, en este caso, la frase no pase de una metáfora.

—Os comunicabais telepáticamente. ¿Resultó difícil?

—Tan difícil como comunicarnos tú y yo por medio de la voz. Para mí, en los primeros momentos, lo admito, resultó sorprendente. Luego lo encontré perfectamente natural. Utsikia me hacía preguntas mentalmente y yo las contestaba de la misma manera.

Arne hablaba sin dejar de andar. Zylde no tardó en darse cuenta de la dirección que seguían.

—Vamos hacia el Gran Ojo —exclamó.

—Sí —confirmó él.

—¿Piensas destruirlo con un arma tan poderosa como la que llevas en la mano? —preguntó Zylde irónicamente.

Arne blandió el garrote.

—Si no confiase en mí mismo, me habría ido con los «nitrim» a sus bosques —respondió.

—Debemos estar locos —dijo ella, meneando la cabeza—. Hoy a mediodía estábamos prácticamente muertos. Hemos salvado la piel del modo más increíble que se pueda soñar... y en lugar de ponernos a salvo definitivamente, vamos a meternos de nuevo en la boca del lobo.

—Esa boca del lobo, como tú la calificas, puede resultar menos peligrosa de lo que crees.

—¿Por qué, Arne?

—Ciertamente, los hombres de Lúculo estarán buscándonos. Pero, lógicamente, creerán que los «nitrim» nos han llevado muy lejos. En modo alguno sospechan que estamos tan cerca de ellos, como quien dice, a cuatro pasos del Gran Ojo.

—Ojalá sea como dices —suspiró Zylde, escéptica—. Desde luego, una cosa es segura, si logro sobrevivir, claro está. Tendré mucho que contar a mis nietos el día de mañana.

—No sabía que estuvieras casada y que tuvieses hijos —se sorprendió Arne.

Zylde rió suavemente.

—Algún día me casaré, espero —contestó.

—¿Cómo? ¿La señora de Kuwun, tan joven y bella... y sigue soltera?

—Arne, ¿por qué crees que me rebelé contra el Gran Ojo? Uno de los motivos de mi protesta fue el no aceptar el marido que se me había asignado.

—Comprendo. No te gustaba, claro.

—No tenía nada personal contra él, pero no estaba dispuesta a permitir que una máquina influyese en un futuro tan personal.

—Hiciste bien —aproboó él—. ¿Qué dijo el pretendiente desdeñado?

—No lo sé, ni siquiera llegué a verle. Cuando comuniqué mi negativa, vino una patrulla de legionarios y me entregó a los yildush. El resto ya lo conoces.

Arne asintió. La oscuridad era casi absoluta.

Caminaban sin hacer el menor ruido, amortiguados sus pasos por la espesa capa de hierba que cubría el suelo. Casi sin darse cuenta, llegaron a la base de la colina.

En el cielo, a gran distancia, brillaba un cuerpo celeste, la única luna de Yissus. Su luz apenas si permitía ver a pocos pasos.

De repente, vieron una silueta que se movía lentamente en su dirección. Arne empujó a la muchacha y, casi al mismo tiempo que ella, se tendió en la hierba.

De las vestiduras del hombre que se acercaba, brotó un destello luminoso. Arne supo así que se hallaba ante uno de los vigilantes del recinto exterior.

CAPÍTULO XII

El garrote actuó rápida y contundentemente. Arne alzó de nuevo el palo, pero pronto pudo ver que no necesitaba repetir el golpe.

El centinela yacía inconsciente a sus pies. Arne le desposeyó de su espada y de su pistola desintegrante..

—¿Y ahora? —preguntó Zylde.

—¡Vamos arriba!

Reanudaron la marcha. De repente, cuando habían recorrido un centenar de pasos, vieron una alteración en la relativa lisura del suelo.

Era como una especie de pared vertical, de unos dos metros de alto por tres o cuatro de largo. En el centro se divisaba una puerta metálica.

Súbitamente, antes de que ninguno de los dos pudiera hacer el menor comentario, se oyó un ligero chasquido.

Arne presintió lo que iba a suceder y tiró de la joven, apartándose a un lado. La puerta se descorrió en silencio y un hombre salió al exterior.

El individuo se detuvo a dos pasos de la entrada. Inspiró profundamente varias veces, como para llenarse los pulmones del aire

fresco y limpio de la noche, y luego echó a andar con paso medurado.

Arne y Zylde le dejaron perderse entre las sombras. Luego, cautelosamente, se acercaron a la entrada.

La puerta permitía ver un túnel tenuemente iluminado, cuyo final no se divisaba desde la entrada. Tras unos segundos de vacilación, Arne se decidió y echó a andar.

—¿Vas a entrar? —preguntó Zylde, aprensiva.

—A eso hemos venido —contestó él, sin volver la cabeza.

Zylde dudó un instante. Pero no tardó en reunirse con el joven.

El túnel era bastante largo. La atmósfera de su interior, aunque seca, resultaba pesada, casi sofocante.

—Arne, ¿quién era aquel hombre? —preguntó Zylde a los pocos momentos.

—No tengo la menor idea, aunque estimo que luego habremos de preguntárselo a él en persona.

—¿Volverá?

—Tengo la impresión de que se trata de un vigilante de la maquinaria interna. Sea como fuere, estamos aquí y no nos iremos sin averiguar la verdad.

El suelo se levantó de pronto en una suave rampa. Al final, a unos quinientos metros de la entrada, había una puerta de metal.

Arne divisó un asa y tiró de ella. La puerta se deslizó sin dificultad a un lado.

Entonces fue cuando los ojos de los jóvenes divisaron el más fantástico espectáculo que podían haber soñado en ver algún día.

A pocos pasos de la puerta, el suelo se deprimía en una excavación de forma circular y de unos cuatrocientos metros de diámetro, por treinta de profundidad. Una barandilla protectora corría a todo lo largo del borde.

Sustentándose en el suelo del fondo, había una colosal máquina, de forma hexagonal, de pulidas mamparas de metal. La altura de la máquina no era inferior a los ochenta metros y su diámetro tenía unos

trescientos cincuenta.

Una enorme columna sobresalía de su parte superior, en el centro, y se perdía en la bóveda semiesférica, a casi cien metros sobre las cabezas de los dos jóvenes. En las paredes de la máquina, se veían centellear millones y millones de minúsculas lucecitas.

A la izquierda había un enorme pupitre de mando, con una pantalla televisora de más de dos metros de lado. En varios puntos había escaleras que permitían el descenso al suelo de la excavación.

Abajo, entre el muro de roca, brillantemente pulida, y la pared de la máquina, se veía un enorme carretón, provisto de una escalera retráctil. Arne calculó que aquel carretón debía de servir para el técnico que necesitase reparar alguna avería a cierta distancia del suelo.

—¿El Gran Ojo? —murmuró Zylde, rompiendo el silencio, después de largos minutos de asombrada contemplación.

—El Gran Ojo está afuera, en el exterior, vigilando a todo el mundo, que es lo que hacen, a escala mucho más reducida, los órganos de la visión humana. Y el cerebro que recibe sus sensaciones, las clasifica y luego toma las decisiones correspondientes, está ahí, delante de ustedes dos.

—Ay, claro... —De súbito, Zylde lanzó un chillido—. ¡Arne, creí que eras tú el que hablabas!

Arne no contestó. Se había vuelto y estaba mirando fijamente al hombre que había llegado allí de modo tan inesperado.

El hombre también le miraba. Y sonreía de una manera que causó escalofríos en la piel de la espalda de Arne.

* * *

Era un hombre alto, delgado, casi esquelético, aunque no daba sensación de ser de complexión delicada. Tenía el cráneo afeitado y sus ojos aparecían hundidos en las cuencas, más profundas debido a sus pómulos salientes. Las cejas apenas si existían y los labios, finos, parecían dos líneas rosadas en un rostro de piel casi transparente, muy

blanca, pero con una extraña propiedad que hizo pensar mucho a Arne.

—Vosotros dos sois los que os hicisteis pasar por hermanos —dijo el hombre.

—No tenemos motivos para negarlo —contestó Arne—. Supongo que será inútil que digamos nuestros nombres.

—Los conozco. Yo soy Kissif Balkhan.

—El cuidador de esa monstruosa máquina de control.

—Exacto. He visto cómo escapabais del circo. Una hazaña sorprendente y osada, debo reconocerlo, aunque no comprendo cómo los «nitrim» se mostraron tan cooperadores con vosotros.

—Tengo la sensación de que no lo sabes todo, Kissif.

—Es posible —admitió Balkhan con indiferencia—. Mi máquina es grande y almacena una enorme cantidad de datos. Pero es posible que alguno se haya escapado.

—Por ejemplo, la inteligencia de los «nitrim» y su capacidad telepática.

—¿Es posible? —Balkhan arqueó sus casi inexistentes cejas—. Claro que, fuera de las áreas habitadas por seres como nosotros, no me he preocupado gran cosa del resto.

—Por lo que nunca has controlado tampoco a la tribu de Sighitor.

—Ya les llegará su hora, descuida. Por el momento, tengo cosas más importantes entre manos.

—¿Podemos conocerlas? —preguntó Zylde.

Balkhan se volvió hacia ella y la miró largamente.

—Tú eres la rebelde señora de Kuwun, la que propugna mi destrucción —acusó.

—Estás equivocado. Yo no pretendo destruir de un modo total el Gran Ojo —corrigió Zylde fríamente—. Sé que es una máquina muy necesaria en ciertos aspectos de la vida, pero lo que no puedo admitir es un control total y absoluto del menor de nuestros actos. El Gran

Ojo, seas tú, sea la máquina, debe estar a nuestro servicio para ayudarnos; nosotros no hemos nacido para ser sus esclavos. Eso es lo que yo pretendo exactamente.

Balkhan sonreía.

—Una tesis muy atrevida, evidentemente —calificó.

Zylda se encogió de hombros.

—Como quieras —respondió, indiferente—. Estamos en tus manos —añadió—. ¿Qué piensas hacer con nosotros?

Arne levantó la mano.

—Espera —dijo—. Quiero saber algunas cosas.

—¿Por ejemplo? —preguntó Balkhan.

—¿Controlabas tú las emociones de los espectadores del circo?

—Sí.

—Lúculo y sus legionarios no parecían afectados por los rayos mentales que, según parece, disparaban algunos de los focos del coliseo. ¿Por qué?

—Tienen el cerebro protegido por sus cascos; en el caso de Lúculo, por su corona de laurel.

—Ah, Lúculo conoce tu existencia.

Balkhan rió suavemente.

—Claro que sí —contestó—. ¿Cómo, si no, habría llegado a dominar a los habitantes de Yissus?

—Estoy segura de que fuiste tú quien propuso a Lúculo la invasión de mi planeta —terció Zylda.

—Le ofrecí mi colaboración, ciertamente —admitió Balkhan.

—Pero no de un modo gratuito —dijo Arne.

Balkhan sonreía sibilinamente.

—Nunca se da nada por nada —contestó.

—¿Eres el constructor de la máquina? —preguntó Zylđa.

—Sí.

—¿Por qué?

—Vine a Yissus hace muchísimos años. El planeta me gustó. Tiene un clima excelente. Yo estaba a punto de morir. Me restablecí y decidí quedarme aquí para siempre. Poco a poco, fui construyendo la máquina... Antes, naturalmente, me ocupé del emplazamiento...

Ella miraba horrorizada al hombre que tenía frente a sí. Arne comprendió entonces las causas del aspecto que presentaba la epidermis de su rostro.

Era una piel alisada repetidas veces, por procedimientos quirúrgicos o quizá simplemente mediante la química. Pero ya no cabía duda alguna de la edad de Balkhan.

—Eres... atrozmente viejo —dijo Zylđa.

Balkhan seguía sonriendo.

—Nací hace varios siglos. ¿Cuatro? ¿Cinco? Cuando se pasa de los cien o los doscientos años, la edad deja ya de preocuparle a uno —respondió con moderado cinismo—. Pero Yissus, repito, me gustó.

—Para apoderarte del planeta y convertirte en su dueño absoluto —le apostrofó ella.

—Os he dado también grandes beneficios...

—¿Llamas grandes beneficios a darnos de comer a cambio de privarnos de nuestra libertad más íntima?

Balkhan se puso serio repentinamente.

—El Gran Ojo es la obra de mi vida —exclamó, orgulloso—. He puesto en él todos mis afanes, todos mis conocimientos... Yo era ya un sabio renombrado cuando llegué aquí, pero faltaba algo que llenase el vacío que sentía dentro de mí. —Su mano se tendió hacia la monstruosa máquina—. Ahí está mi obra —añadió casi con un grito.

—Está incompleta —dijo Arne.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Balkhan.

—Es fácil adivinarlo. Has hecho de tu vida el objetivo de una ambición desmesurada. Ya dominas un planeta, pero, habiendo descubierto no importa cómo el secreto de una enorme longevidad, aspiras a algo más, aspiras a dominar un grupo, una Federación, una Liga de planetas... y ¿quién sabe si un día no llegarás a convertirte en el dueño de la galaxia?

Una estruendosa carcajada brotó de los labios de Balkhan.

—¡Eres terriblemente perspicaz, Arne Bickar! —exclamó—. Sí, primero llegó Yissus, luego dominaré el Imperio de Heptarkus VII; más adelante...

Balkhan calló de repente.

Sus ojos brillaban como carbones encendidos.

Zylde sintió miedo.

—Pero vosotros no revelaréis a nadie mis secretos —dijo Balkhan—. No diréis a nadie jamás que yo...

La voz de Balkhan se quebró súbitamente: el puño de Arne acababa de entrar en contacto con su mandíbula.

CAPÍTULO XIII

Arne contempló el cuerpo inerte que yacía a sus pies. Luego se volvió hacia la máquina.

—Si supiera que no nos iba a pasar nada... —dijo, mientras

oprimía nerviosamente la pistola desintegrante del centinela.

—No lo hagas —aconsejó Zylde—. Podrías provocar una explosión.

—Es cierto —convino Arne—. Pero, de todas formas, se me ha ocurrido una idea mejor. ¡Vamos!

Agarró la mano de Zylde y tiró de ella. Zylde le siguió dócilmente.

Momentos después, se hallaban en el exterior. Varias lámparas se movían en la base de la colina.

—¡Eh! —gritó Arne—. Estamos aquí.

Un tropel de legionarios corrió hacia la pareja. Varias lámparas se enfocaron contra los fugitivos.

—Son los condenados a muerte en el circo —dijo uno.

Un oficial se abrió paso.

—Apartaos —ordenó.

Un par de linternas enfocaban el rostro de Arne y Zylde. El joven, sin soltar la mano de Zylde, impasible, dijo:

—Llévame a presencia de Lúculo.

—Estás loco —contestó el centurión—. ¿Crees que el procónsul recibe a la gente tan fácilmente?

—Haz lo que quieras —dijo Arne—. Pero si Lúculo se entera demasiado tarde de lo que yo tengo que decirle y se da cuenta que el retraso es culpa tuya, lo menos que hará, después de degradarte, será enviarte a las minas de platino.

El centurión se estremeció.

—Diablos, no; no me gustaría...

—Entonces, llévanos a presencia de Lúculo.

Hubo un momento de silencio. Luego, el centurión se volvió hacia dos de los soldados.

—Pronto, un carro grande —ordenó—. Vosotros, seguidme —se dirigió a la pareja.

Minutos más tarde el carro, tirado por cuatro caballos, se dirigía velozmente hacia la capital. La mano de Arne acarició pensativamente el silbato que aún conservaba en el bolsillo.

Antes de una hora, se detenían ante la residencia del procónsul, un sólido edificio de mampostería, con muros lisos, que alcanzaban veinte metros de altura. El centurión habló brevemente con el oficial de guardia, quien, inmediatamente, se dirigió hacia un videófono.

Arne y Zylde aguardaron pacientemente. Poco después, vieron a un hombre dirigirse hacia ellos.

Era Arvidus.

—Hola, colega —saludó jovialmente—. ¿Cómo has podido dejarte capturar de nuevo, después de tu sensacional evasión?

Arne le miró fríamente.

—¿Crees que si lo hubiera deseado, estaría aquí? —contestó.

—Estás, y eso es lo que importa —dijo Arvidus con indiferencia—. Me han dicho que quieres hablar con el procónsul.

—Sí.

—Eso es imposible. Lúculo duerme.

—Despiértale.

—Estás loco...

—Despiértale y dile que he hablado con Balkhan.

El centurión que les había conducido hasta el edificio del proconsulado, habló algo a la oreja de su tribuno. Arvidus miró a Arne con expresión inquieta.

—Está bien —dijo al cabo—. Aguardad aquí.

Arvidus se marchó, para volver diez minutos más tarde.

—Seguidme; el procónsul va a recibirlos —informó.

Envuelto en una lujosa bata, Daio Sexto Lúculo recibió a los fugitivos de muy mal talante.

—Se necesita ser osados —farfulló al verlos—. Despertarme a estas horas...

—Estás aquí como representante de Heptarkus —dijo Arne—. Por tanto, tu obligación es hacer cuanto redunde en beneficio del Imperio. Y lo que te voy a decir yo, te proporcionará grandes beneficios. A su majestad imperial también, por supuesto.

—De acuerdo, pero habla de una maldita vez —gruñó Lúculo.

—Vosotros os habéis apoderado de Yissus, pero la conquista no hubiera resultado fácil de no haber sido por Balkhan.

—Nos ayudó bastante, es cierto. ¿Y...?

—¿Cuántos años lleváis en Yissus?

—Oh, quince, tal vez veinte, no lo recuerdo ni me importa.

—Eso es cierto, no importa demasiado. Pero los legionarios no permanecen aquí eternamente.

—No, se relevan cada tres años. Un proconsulado dura cinco...

—¿De cuántos hombres se compone tu ejército?

—Alrededor de doscientos mil. Somos invencibles —exclamó Lúculo orgullosamente.

—Bien, lo que has dicho significa que, por lo menos, un millón de legionarios, sin contar los oficiales ni los procónsules, han pasado ya por Yissus.

—Yo diría que son más de millón y medio —puntualizó Lúculo.

—Otro argumento más a mi favor —sonrió Arne—. ¿Te imaginas lo que sucedería si Balkhan decidiera tomaros a todos bajo su control?

Lúculo soltó una estridente carcajada.

—¿Has oído eso, Arvidus? —exclamó—. Tomarnos bajo su control... a nosotros, precisamente, después de habernos dotado de medios para resistir las ondas mentales del Gran Ojo.

—Pero antes de daros esos medios de protección, habrá tomado nota, sin duda, de la longitud de onda de todos los legionarios a quienes dice proteger. Vuestros datos personales están almacenados en la máquina de la colina.

—Sí, claro... Era indispensable.

Arne sonrió.

—Tienes razón, está muy claro. Y también aparece con toda claridad el hecho de que, en estos momentos, Balkhan tiene a su disposición a más de millón y medio de hombres que, en un momento dado, pueden ejecutar sus órdenes de un modo inapelable.

Una expresión de inquietud apareció en el aquilino rostro del procónsul.

—Arvidus, ¿qué me dices a esto? —consultó.

El tribuno estaba presente en la entrevista.

—No me cabe la menor duda de que podría resultar perfectamente factible —respondió.

—Balkhan tiene cuatrocientos o quinientos años de edad —siguió Arne—. Según parece, puede vivir perfectamente otro tanto. O quizá el doble. ¿Te das cuenta del inmenso poder que puede acumular un hombre cuya vida se prolonga durante semejante espacio de tiempo?

Lúculo soltó una maldición.

—Ese hombre podría convertirse en el dueño del Imperio...

—Y algún día, de la galaxia.

Hubo una pausa de silencio. Lúculo dirigió a Arvidus una mirada llena de aprensión.

—Pero nuestros cascos protectores... —dijo, vacilante.

—No sabemos qué podría hacer Balkhan, señor —contestó el tribuno—, pero no me cabe la menor duda: si él quisiera, haría que nuestra protección resultase inútil.

De repente, Lúculo exhaló un grito de pánico:

—¡El emperador llega pasado mañana! Balkhan lo sabe...

—Quizá ése es el momento esperado por Balkhan para dar un golpe de Estado —sugirió Arne—. ¿Qué pasaría si Balkhan se apodera de la mente de Heptarkus? Gobernaría el Imperio por persona interpuesta, ¿no es así? Y luego utilizaría las legiones de Heptarkus para continuar sus conquistas por otros sistemas planetarios...

—De todas formas, hay algo que me hace dudar de tus suposiciones —intervino el tribuno—. Balkhan nos ha ayudado extraordinariamente; ahora disponemos de un armamento del que antes carecíamos. Las pistolas desintegrantes no son más que un ejemplo muy sencillo. Y, además, él fue quien nos trajo aquí, por sus estaciones transportadoras...

—Sí, pero ¿os ha dado vehículos rápidos? Debéis moveros sobre carros muy lentos; usáis todavía animales para el transporte,.. ¿Y por qué no os ha construido aeromóviles? Sighitor os derrotó fácilmente sólo con cuatrocientos guerreros montados en pájaros gigantes. En cuanto a vuestras armas, ¿por qué los cañones lanzarrayos sólo llegan a los tres mil metros y eso con dificultades?

»¿Es que no lo veis? —prosiguió el joven apasionadamente—. Balkhan os ha dotado de grandes medios de combate, pero no de todos los que podría construir para vosotros, a fin de limitar vuestro poderío deliberadamente. Piensa, Lúculo, y llegarás a una conclusión muy fácil: sin sujetar todavía vuestras mentes, ya obedecéis a Balkhan de un modo casi absoluto.

Los dientes del procónsul chirriaron.

—Hacía falta que un extraño viniera a abrirnos los ojos —barbotó—. Arvidus, dispón todo para ir a la residencia de Balkhan. Quiero sostener una conversación muy peculiar con ese bribón.

El tribuno se inclinó.

—Todo estará listo dentro de diez minutos —anunció.

Arvidus se marchó. Lúculo se dirigió a los prisioneros.

—Vosotros aguardaréis aquí hasta mi vuelta —dijo—. En estas mismas habitaciones, pero, a fin de evitar que me juguéis una mala pasada, dejaré una guardia en todas las puertas.

—Aquí nos tendrás a tu regreso —contestó Arne.

Lúculo se marchó momentos más tarde. Arne y Zylde quedaron a solas.

—Las emociones me han abierto el apetito —dijo ella, a la vez que se acercaba a una mesa en la que había un enorme frutero bien provisto.

Arne hizo otra cosa: se dirigió hacia la puerta que daba a la terraza exterior y la contempló especulativamente durante unos segundos.

La terraza era de grandes dimensiones. Serviría, pensó, a la vez que extraía el silbato del bolsillo.

Zylde se reunió con él a los pocos momentos.

—¿Y ahora, Arne? —preguntó.

—Es preciso esperar —contestó él.

—¿La vuelta de Lúculo?

—La llegada de mi pájaro.

Ella le miró y se echó a reír.

—Eres terriblemente astuto, Arne Bickar —exclamó.

—Te ayudé porque me parecía una empresa digna. No he cambiado de modo de pensar —contestó él.

Transcurrió una hora. De súbito, se vio un vivísimo chispazo en lontananza.

No se oyó sonido de explosión, pero Arne adivinó lo ocurrido.

—Sospecho que los días del Gran Ojo han tocado a su fin —dijo.

CAPÍTULO XIV

Amanecía ya, cuando vieron desde la terraza una comitiva que regresaba al edificio.

—No parecen muy contentos —dijo Arne.

El procónsul y su séquito entraron en la fortaleza. Lúculo llegó a sus habitaciones momentos después.

—Balkhan consiguió escapar —dijo.

—Hemos visto un gran fogonazo —exclamó Arne—. ¿Qué ha sucedido?

—Disparamos unas cuantas descargas contra el globo exterior del Gran Ojo. No lo destruimos, sigue allí incólume, pero sospecho que está seriamente averiado.

—El globo exterior era la antena por medio de la cual Balkhan controlaba las mentes humanas y daba sus órdenes. ¿Me equivoco?

—No, es cierto —admitió Lúculo.

—¿Por qué no habéis entrado y disparado las armas contra la gran máquina?

—Resultó imposible. Las puertas exteriores resisten

perfectamente las descargas de las pistolas desintegrantes.

—Y entonces, disparamos contra el globo —añadió Arvidus.

Hubo un momento de silencio. Luego, Arne dijo:

—Bien, Balkhan ya ha sido neutralizado. Ahora, os toca el turno a vosotros.

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir? —exclamó Lúculo, sorprendido.

—Es muy sencillo. Procónsul, conviene que empieces a pensar en dar orden de retirada general para todas tus fuerzas.

—¡Eso es absurdo! Estamos aquí...

—Oprimiendo al pueblo de Yissus —exclamó Zylde con gran vehemencia.

—Vinimos aquí porque fuimos llamados —alegó el procónsul.

—¿Por quién? No fue por el pueblo de Yissus, ¿verdad? Quien os hizo venir era ya un opresor, que os alucinó con el señuelo de las minas de platino, metal que sirvió para reforzar vuestra claudicante moneda, a costa de las vidas de miles de inocentes que han perecido en aquellos parajes, víctimas de vuestra codicia y de las inhumanas condiciones de trabajo en que actúan. No creo que esos infelices os llamaran para «disfrutar» muriendo en las minas —concluyó Zylde su violenta requisitoria.

Lúculo apretó los labios.

—Sospecho que no vais a molestarnos demasiado —dijo.

—Creo que te equivocas —respondió Arne—. A partir de este momento, se declara la guerra.

Arvidus desenfundó su pistola, pero Ame, más rápido, se la arrancó de un certero punterazo. Golpeó de nuevo y el tribuno se derrumbó sobre el pavimento.

Lúculo chilló. Otro certero puñetazo le hizo caer atravesado sobre el inconsciente cuerpo de su tribuno, aunque sin perder el sentido.

Afuera, en la terraza, se oyó un ruidoso aleteo.

—¡Corre, Zylde!

El pájaro gigante había llegado ya. Arne saltó sobre su lomo y ayudó a la muchacha a montar tras él.

Babeando mil imprecaciones, Lúculo se arrastró por el suelo y agarró la pistola perdida por Arvidus.

—¡Estamos en guerra, no lo olvidéis! —gritó Arne, cuando ya el pájaro remontaba el vuelo.

Lúculo apretó el disparador. Pero la pistola permaneció inerte.

—No funciona —exclamó, aterrado, mientras el ave se alejaba con tremenda rapidez.

Atónito, se preguntó por las causas de la inutilidad del arma. Vagamente, empezó a sospechar que las pistolas desintegrantes y los cañones lanzarrayos habían recibido su energía del Gran Ojo y que, cegado éste, ya no disponían más que de unos objetos perfectamente inútiles para la guerra que se avecinaba.

* * *

—Las armas están preparadas —dijo Sighitor orgullosamente.

Arne contempló las enormes pilas de largos cilindros de acero, que se hallaban en uno de los lados de la fortaleza. Eran unas toscas bombas, llenas de simple pólvora negra, pero confiaba en ellas para impresionar a quienes, pese a sus adelantos, no habían tenido jamás ocasión de medirse con unas armas semejantes.

—Está bien —dijo—. Cuanto antes empecemos el ataque, mejor para todos. ¿Has distribuido los objetivos?

—Sí, cada guerrero sabe exactamente dónde y cómo debe atacar —respondió Sighitor.

—En tal caso, no perdamos más tiempo. ¡Adelante!

Una intensa actividad se apoderó en el acto de todos los que se encontraban en el roquedal. Las bombas fueron cargadas en unos

arneses improvisados, sujetos al pecho de los pájaros. Cada uno de ellos podía cargar dos, con un peso aproximado de cuarenta y cinco o cincuenta kilos.

Cada guerrero, además, llevaba un cinturón con media docena de bombas más pequeñas, de unos diez kilos de peso. Los yildushs eran muy robustos y podían soportar sin dificultad aquel cargamento personal. Además, y dado su espíritu combativo y sus tradiciones, llevaban también sus largas lanzas.

Algunas amazonas se unieron a la partida, entre ellas Sighis, la hija de Sighitor. Una hora más tarde, al filo del anochecer, todos estaban dispuestos para partir.

Arne y Zylde volarían juntos, sin más carga que un par de bombas cada uno. El joven se había reservado para sí la misión de dirigir personalmente el ataque.

Un terrible estruendo se oyó cuando casi quinientos pájaros se elevaron hacia lo alto. Era una poderosa armada aérea, enemigo con el cual los orgullosos legionarios no habían contado.

Arne dirigió la marcha de aquel ejército. Llegó la noche y continuaron volando, orientándose por las estrellas.

Dos horas antes del amanecer, Arne dispuso un alto. Era preciso dar descanso a los pájaros, no porque no pudieran cubrir de un solo vuelo la distancia existente entre la capital y el país de los yildushs, sino porque quería que los animales conservaran su agilidad y su facilidad de reflejos ante cualquier maniobra brusca.

Durante el descanso, realizado a unos ciento cincuenta kilómetros de Yissadia, Arne y Sighitor revisaron los planes de ataque, comprobando una vez más los menores detalles. Un grupo de cincuenta hombres se ocuparían de dispersar a las fuerzas de protección de la estación transportadora espacial, mediante un bombardeo que, al paso, evitase todo daño a las instalaciones.

Sighitor exultaba de júbilo.

—Se van a llevar una buena sorpresa —exclamó—. Durante generaciones, se hablará de nuestra victoria, te lo aseguro.

Arne sonrió.

—No vendas la piel del «nitrim» antes de cazarlo —dijo.

—Les derrotaremos. Ellos no pueden...

Un súbito trompetazo se oyó repentinamente en las inmediaciones. Sonaron gritos de alarma.

—¡«Nitrim», «nitrim»!

Arne se puso en pie de un salto. De pronto, sintió una llamada en el interior de su mente.

«Arne, soy Utsakia. ¿Dónde estás? Quiero hablar contigo.»

«Ven», contestó el joven.

Y se dirigió a Sighitor en voz alta:

—Es un «nitrim» amigo. Ordena a tus hombres que no le hagan el menor daño.

Sighitor conocía ya la escapatoria de Arne y Zylde a lomos de dos «nitrim». Voceó algo y sus guerreros bajaron las largas lanzas que ya tenían preparadas.

Utsikia se hizo visible a la luz de las llamas de la hoguera momentos después. Arne se acercó a ella y le acarició el morro.

«Es una grata sorpresa —pensó—. ¿A qué has venido?»

«Conocemos tus planes. Queremos ayudarlos.»

«¿Ayudarnos? Utsikia, no me gustaría que tú y los tuyos sufrieseis daños...»

«¿Daños? ¿De quién partió la idea de cazarnos para conseguir nuestras pieles, sino de los ilegítimos ocupantes de Yissus? Miles de nosotros han muerto sólo para satisfacer su codicia y lo peor es que atrajeron a cazadores de otros mundos. Tenemos, por tanto, derecho a tomar parte en esta guerra.»

Sin embargo, Arne no estaba muy convencido.

«Sí, pero...»

«Veinte mil "nitrim" te ayudarán, caso de necesitarlo.»

Hubo un momento de silencio mental. Arne y Utsikia se miraban recíprocamente. Zylde contemplaba la escena con gran ansiedad.

«De acuerdo —pensó Ame finalmente—. Hablaré con Sighitor. Luego te daré instrucciones, para que las transmitas a los demás "nitrims".»

Sonriendo satisfecho, se volvió hacia Zylde y Sighitor.

—Un ejército de veinte mil «nitrims» se van a unir a nosotros en la lucha contra los hombres del procónsul —anunció.

* * *

El ejército volador se puso en marcha una hora después.

Utsikia había desaparecido, a fin de reunirse con sus congéneres. Arne volaba en cabeza, dirigiendo la masa de atacantes.

Dos horas después de amanecer, divisaron la capital.

Una escuadra de cincuenta guerreros se separó, dirigiéndose a las instalaciones de la estación transportadora espacial. Dos grupos, de veinticinco cada uno, se separaron; encaminándose a distintos objetivos.

El grueso de la fuerza siguió volando en línea recta. Sighitor iba en cabeza, junto a Arne y Zylde.

Arne hizo una señal con la mano. Cincuenta guerreros permanecieron evolucionando con sus pájaros, como una reserva del ejército. Los demás alcanzaron bien pronto el edificio del proconsulado y los cuarteles donde se alojaban los pretorianos.

Desde la altura, Arne observó que los vehículos portadores de los cañones lanzarrayos permanecían inmóviles. Las piezas estaban horizontales, sin que sus sirvientes dieran muestras de intentar utilizarlas.

Reteniendo a su montura, se volvió hacia Sighitor:

—Voy a ver qué sucede —gritó, por encima del aleteo de los pájaros—. Seguid dando vueltas hasta que os dé la señal.

Sighitor asintió. Un segundo después, el ave se lanzaba hacia

abajo a toda velocidad.

Los hombres de Lúculo aparecieron de pronto en las terrazas y plataformas del proconsulado y los cuarteles adyacentes. Una vez, Arne miró hacia arriba y contempló el fantástico espectáculo de casi cuatrocientas aves dando vueltas lentamente en el cielo, a tres mil metros de distancia.

Pero, de repente, observó algo que llamó extraordinariamente su atención:

—¡Mira, Zylde, todos van armados con arcos y flechas! ¡Ninguno usa sus pistolas desintegrantes!

—Tú tienes una, pruébala —aconsejó ella.

Arne hizo un disparo. La pistola permaneció inactiva.

—¡Qué raro! ¿Se habrá agotado la carga?

—Oí decir en una ocasión que las pistolas recibían su energía del Gran Ojo. Si éste ha sido inutilizado, es obvio que pistolas y cañones no son ya otra cosa que pura chatarra.

—Tienes razón —convino él.

Estaban a cien metros de altura. Algunos de los legionarios dispararon sus arcos. Las flechas se les acercaron peligrosamente. Eran unos arcos de gran potencia, dedujo Arne, mientras hacía que su montura se remontase de nuevo.

Un poco más arriba, hizo señales con la mano. Sighitor descendió para reunirse con él.

—Lanzad las bombas desde quinientos metros —indicó—. Los cañones lanzarrayos no funcionan.

Sighitor asintió. Momentos después, varios centenares de guerreros se lanzaban al ataque.

Cada uno de ellos lanzó una de sus bombas en la primera pasada. Brotaron los relámpagos por todas partes, a la vez que se elevaban enormes nubes de humo y polvo.

El estruendo de las detonaciones resultó aterrador durante unos momentos. Cuando el humo se hubo disipado, Arne vio que los edificios atacados habían sufrido grandes destrozos, pero, aun así, sus

estructuras resistían, en líneas generales.

De repente, un guerrero apareció volando a lo lejos. Momentos después, se acercaba a Sighitor.

El jefe de los yildushs escuchó atentamente. Luego se volvió hacia Arne.

—Lúculo ha concentrado a su ejército. Más de cien mil hombres se dirigen hacia la capital. Están a tres horas de distancia.

—Lúculo no es tonto, pero no había contado con nuestras armas —sonrió el joven.

Otro yildush se acercó con un magnífico informe:

—Hemos conquistado la estación transportadora espacial. Los guerreros que no resultaron muertos en nuestro primer ataque, se rindieron en el acto. Las instalaciones funcionan a la perfección.

Era una buena noticia. Pero ahora había que impedir la llegada de refuerzos a la capital.

—Sighitor, ataca con trescientos hombres. Dispersa al ejército que se dirige hacia Yissadia. Yo me quedo con la reserva.

Trescientos pájaros cambiaron de rumbo inmediatamente, lanzándose a toda velocidad hacia los refuerzos que acudían a la capital. Ame hizo una señal.

—Una bomba pesada —ordenó.

Cincuenta proyectiles cayeron sobre los edificios, en medio de un estruendo impresionante. Era un espectáculo pavoroso ver saltar por los aires lienzos enteros de pared, junto con sus ocupantes.

De súbito, Arne vio izarse una bandera azul y amarilla.

—Resisten —exclamó Zyllda.

Arne hizo una nueva señal. Cincuenta bombas pesadas más fueron arrojadas sobre el proconsulado. La bandera desapareció, pero volvió a ondear cuando el humo y el polvo se hubieron disipado.

—Tendremos que recurrir al cuerpo a cuerpo —gritó el jefe de la reserva.

Arne levantó una mano.

—Voy a parlamentar con Lúculo —dijo—. Hazte cargo de esta mujer.

Zylida pasó a otro pájaro. Acto seguido, Arne lanzó a su montura a toda velocidad hacia el casi destruido edificio del proconsulado.

CAPÍTULO XV

Un par de legionarios le apuntaron con sus arcos. Arne arrojó sus dos bombas ligeras. Los soldados desaparecieron detrás de sendos chorros de fuego y llamas.

—¡Lúculo! —gritó—. ¡Quiero hablar contigo!

El pájaro se posó sobre una de las esquinas de la terraza, listo para levantar el vuelo a la menor señal de su jinete. Dos hombres, cubiertos de polvo y con las ropas desgarradas, se hicieron visibles.

—Ríndete, Lúculo —ordenó el joven, sin apearse de su montura.

—Cien mil hombres vienen a reforzarme. Tus bombas no son inagotables —contestó el procónsul.

—Los refuerzos no llegarán. Si dispersamos tres de tus legiones, utilizando solamente las piedras, ¿qué no haremos ahora con trescientas bombas pesadas y casi dos mil ligeras?

El rostro de Lúculo se demudó.

—Tus hombres no están acostumbrados a este género de combate —siguió Arne—. La falta de agresividad de los habitantes de Yissus os ha vuelto blandos, incapaces de luchar en una guerra de verdad. Además, Balkhan os dio unas armas que pudieron parecer potentes en su día, pero ahora no son más que trozos de metal.

Creísteis que Balkhan era un fiel colaborador vuestro, pero no erais más que sus secuaces. La confianza os hizo descuidar la construcción de nuevas armas. Estáis derrotados, reconócelo.

Eran unos argumentos poderosos, pero Lúculo se resistía.

—No puedo presentarme ante mi emperador como un vencido —contestó.

—Veinte mil «nitrim» se han unido a nosotros. Están ansiosos de venganza. Durante años y años, les habéis dado caza para conseguir sus pieles. Si no los paro yo, ahora serán ellos los que den caza a los supervivientes y, créeme, no tendrán piedad de vosotros.

Arvidus se estremeció.

—He oído decir que esos animales son inteligentes —dijo.

—Lo son —corroboró Arne—. Vamos, espero una decisión. Mirad allá arriba —señaló con la mano—; en cuanto me separe de la terraza, os destruirán.

Lúculo vacilaba. Fue Arvidus el que tomó una decisión.

Entró en la sala y salió a los pocos momentos con una gran tela blanca en las manos. Luego, resignado, empezó a arriar la bandera azul y amarilla, con las armas del emperador.

—Dámela —pidió Arne.

—Yo se la llevaré —dijo Lúculo.

Con la bandera en las manos, avanzó hacia la esquina de la terraza. De repente, sacó una espada, oculta hasta entonces en los pliegues de la tela, y se arrojó contra Arne.

El joven lanzó un grito y su montura saltó al aire. Fallado el golpe, Lúculo se precipitó al vacío, estrellándose contra las losas del suelo, veinte metros más abajo.

Arvidus miró fríamente al caído. Luego, sin pronunciar una sola palabra, ató las dos puntas del trapo blanco a la driza y la bandera de rendición se elevó en el acto.

Arne descabalgó un instante y recogió la bandera que Lúculo había tirado al suelo, en el momento de su ataque. Luego regresó a los lomos del pájaro.

—Indica a tus hombres que se reúnan en la explanada posterior —ordenó Ame.

—¿Qué haréis con nosotros? —preguntó Arvidus.

—Hay una transportadora espacial en perfectas condiciones. Se os devolverá a vuestro lugar de procedencia.

—Heptarkus llegará mañana...

—Tendrá el recibimiento apropiado.

Un sordo estruendo se oyó a lo lejos.

—Los refuerzos están siendo atacados —dijo Arne.

—Es la derrota total —murmuró Arvidus, abrumado.

—Haz lo que te he dicho. Los yildushs que quedan os vigilarán. Yo iré a comunicar la noticia al comandante de los refuerzos.

—Es el general Tulio Arvidus, mi hermano. Dile que soy tu prisionero.

Arne asintió. Lanzó un pequeño grito y su pájaro se elevó en el aire.

Al ganar altura, divisó a lo lejos la brillante bola del Gran Ojo. Hizo que el pájaro aumentase su velocidad y se lanzó en busca de Sighitor y sus guerreros.

Por el camino, alcanzó a los «nitrim». Una enorme masa de seres, de piel dorada, se movía rápidamente en busca de los legionarios.

Arne se puso en contacto telepático con Utsakia, a la que dio determinadas instrucciones. Minutos después, vio a lo lejos densas nubes de humo.

Pronto alcanzó a Sighitor. Los yildushs evolucionaban constantemente sobre los legionarios, lanzándoles sin cesar pequeñas bombas que causaban estragos en sus filas.

—¡Alto el fuego! —gritó—. Lúculo ha muerto y su tribuno de seguridad se ha rendido, con los supervivientes.

El bombardeo cesó. Arne perdió altura, haciendo ondear un

pañuelo blanco, para ser visto desde abajo.

Momentos después, se encontraba en presencia de un ennegrecido y sudoroso comandante de las tropas de refuerzo.

—Tu hermano se ha rendido. Lúculo ha muerto. Debéis tirar las armas y entregaros prisioneros.

Arvidus juntó las mandíbulas.

—Aún no estamos derrotados...

Arne extendió la mano a lo lejos.

—Mira allá —señaló—. Veinte mil «nitrims» acuden a este lugar. Si yo no los detengo, y te aseguro que soy el único que puede hacerlo, despedazarán a los que no hayan resultado muertos por nuestras bombas.

Hubo un momento de silencio. Una extensísima línea de seres cuadrúpedos se acercaba a toda velocidad.

Arvidus reflexionó. Muchos «nitrims», tal vez, morirían, pero la carnicería entre sus tropas resultaría espantosa.

Con gesto cansado, se desciñó el cinturón con la espada y se lo entregó a Arne.

—Nos entregamos a tu magnanimidad —dijo—. Sólo pedimos que nos respetéis la vida.

Arne sonrió.

—Nadie os causará el menor daño —contestó—. La única condición que se os impone es la de expulsión de Yissus.

—Sí, nos iremos..., pero ¿qué dirá Heptarkus cuando llegue mañana?

—Deja que yo me preocupe de ese asunto —sonrió el joven.

Y, de repente, percibió una llamada en su cerebro.

«¡Arne!»

El joven se puso rígido.

«¿Suced algo, Utsakia?»

«He captado unas emisiones extrañas. No sé qué pueda ser, pero me siento inquieta.»

«¿De dónde provienen esas emisiones?»

«No estoy segura, pero diría que del Gran Ojo. Ese monstruo trató de dominarnos, aunque nunca pudo conseguirlo, al no poseer exactamente nuestra longitud de onda mental.»

Arne recordó inmediatamente un detalle.

—Balkhan —murmuró—. Todavía está vivo...

De pronto, se le ocurrió una idea.

—Arvidus, dame tu casco —pidió.

El derrotado obedeció. Antes de ponérselo, Arne envió un mensaje cerebral:

«Los legionarios se han rendido. No les hagáis ningún daño, Utsakia. Bastará con que los vigiléis hasta el momento de su expulsión de Yissus.»

«Está bien.»

Arne se puso el casco.

—Seguid aquí hasta nueva orden —dispuso.

Saltó a lomos del pájaro y lo hizo elevarse en el acto. Buscó a Sighitor y le relató el resultado de sus conversaciones.

—Yo me marcho —dijo al terminar.

—¿Adónde vas? —preguntó Sighitor.

—La reconquista de Yissus está incompleta —repuso el joven enigmáticamente.

CAPÍTULO XVI

Con un mínimo de ruido, el gran pájaro se detuvo en la parte superior de la bola. Arne desembarcó y dejó algo en aquella pulida superficie en la que, vista tan de cerca, apenas si se advertían las aristas del sinnúmero de facetas de que estaba compuesta.

Al terminar la operación, montó de nuevo en el pájaro y lo hizo lanzarse en planeo, a fin de evitar el ruido de las alas. El ave descendió casi a ras del suelo, pero cuando empezó a mover las alas, estaba ya a más de cuatrocientos metros de distancia.

El ruido ya no se oiría desde la estructura del Gran Ojo. Arne hizo que el pájaro diera media vuelta y aterrizó a los pocos metros.

Por medio del silbato ultrasónico, le dio orden de alejarse a unos cuatro o cinco kilómetros y esperar su llamada. El pájaro se marchó.

Arne empezó a caminar. Unos minutos más tarde, se hallaba ante la puerta de acceso al edificio circular.

Esta vez, no se quiso molestar; con el puño de la espada que llevaba al cinto y que había pertenecido a Tulio Arvidus, golpeó la puerta repetidas veces.

Pasó un buen rato. De cuando en cuando, volvía a llamar. Bruscamente, la puerta se abrió.

Una voz colérica sonó a lo lejos:

—¿Quién es? ¿Qué quieres?

—¿Tienes miedo de los extraños, Balkhan? —preguntó Arne irónicamente.

—Creo que te conozco...

—Soy Arne Bickar. ¿Puedo pasar?

—Está bien, entra. Pero te haré una advertencia.

—Dime, Kissif.

—Dispongo de armas muy poderosas. Si intentas algo contra mí, morirás.

—No te preocupes, aprensivo —rió el joven.

Avanzó inmediatamente a lo largo del túnel. Cuando llegó a lo más profundo de la caverna, vio a Balkhan junto al pupitre de mando, con una mano en uno de los controles.

—Sí, diríase que tienes miedo, muchísimo miedo —habló Arne con calma—. ¿Por qué? ¿Acaso te gusta vivir?

—¿A ti no? —preguntó Balkhan hoscamente.

—Por supuesto, aunque no en estas condiciones, temiendo morir a cada instante, y no por propia naturaleza, sino por ataques hostiles. La verdad, Balkhan, no me gustaría vivir en tus condiciones, por muy larga que resultase la existencia. Eres un hombre odiado, detestado por todos...

—¡Eso no me importa! —gritó Balkhan.

—Sí, claro, prefieres ser temido y poderoso a ser querido. Pero así tú también vives en el temor y la inseguridad. Llegaste a este mundo hace muchísimos años y, con tus conocimientos, pudiste haber conquistado por el amor y la persuasión a sus habitantes. Podías haberte convertido en el amo de Yissus sin necesidad de violencias, ni de sojuzgar a todos sus habitantes de una forma abyectamente tiránica. Ahora, serían todos tuyos, porque sentirían hacia ti amor, respeto y veneración. Y lo que has conseguido es que sientan exactamente lo contrario.

—¡No sigas! —chilló Balkhan, con los ojos fuera de las órbitas.

—Querías convertirte en el amo de todos los yissunitas y lo conseguiste por el peor de los métodos —continuó Arne implacablemente—. Y aunque fueras el amo, tu deber era proteger a tus súbditos y no traicionarlos villanamente, entregándolos a los invasores, de los cuales debiste defenderlos y a quienes debías haber expulsado.

Balkhan se pasó una mano por la cara. Flaqueaba, advirtió Arne.

—¿Tú crees? —preguntó con voz insegura.

—Estoy seguro de ello —respondió el joven.

—Está bien. Haré lo que me aconsejas...

—Es ya tarde.

Balkhan se enderezó.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

—Simplemente, el Gran Consejo de Señores de Yissus, a los que se han unido los jefes de los yildushs y de los «nitrim», han acordado tu expulsión inmediata de este planeta.

Balkhan lanzó un atroz chillido.

—¡No me iré; moriría a las pocas semanas!

—Es inútil —contestó Arne fríamente—. Esa decisión es irrevocable. Muchos nativos han muerto, cuando tú pudiste defenderlos. Supiste construir una supercomputadora perfectísima, pero, en cambio, no fabricaste una sola máquina para aliviar su trabajo en las minas de platino, donde tantos y tantos han muerto. Con maquinaria y herramientas adecuadas, los yissunitas habrían ido voluntariamente a las minas..., pero tuviste que enviarlos como forzados, como delincuentes de la peor especie y, sin embargo, no habían delinquido. No hablemos ya de los que fueron a parar al circo para disfrute y regodeo de Lúculo y sus secuaces. La decisión es irrevocable, entiéndelo así desde ahora, Balkhan.

Arne ya no dijo nada más. Giró sobre sus talones y se encaminó hacia la salida.

Balkhan había reparado la máquina emisora de rayos mentales,

era seguro, se dijo. Aquellas emisiones captadas por Utsakia lo probaban.

Caminó con paso medurado, tranquilamente, aunque sintiendo por dentro cierto hormigueo que ponía todos sus nervios en tensión. Al fin, salió a campo abierto.

De súbito, oyó un atroz chillido:

—¡Mataré a todos, a todos! ¿Me oyes? ¡Puedo hacerlo y no me importa vivir solo en Yissus...! ¡Pero ahora mismo todos sus habitantes van a morir!

Arne giró en redondo. Súbitamente, se vio brillar un espantoso relámpago en lo alto del globo.

La esfera saltó en mil pedazos, con tremendo estrépito. Hubo un enorme crujido y luego la columna que la sostenía se hundió en el suelo.

Dentro de la caverna se vieron brillar también unos gigantescos fogonazos. Arne corrió para alejarse de aquel lugar.

El suelo temblaba, como sacudido por un terremoto. Las explosiones, más bien chasquidos de tremenda potencia sonora, se oían sin cesar.

De súbito se oyó un colosal estruendo. Arne se volvió. La cumbre de la colina se había hundido. En realidad, era la bóveda de la caverna, que había cedido, como consecuencia de las explosiones.

Una nube de polvo se alzó a gran altura. Arne meneó la cabeza.

El Gran Ojo ya no vigilaría más. Para Yissus, pensó, era el final de una era.

Y el principio de otra, muy diferente, en paz y libertad.

Sacó el silbato del bolsillo y llamó a su pájaro.

* * *

—No era cierto, no había habido reunión de Señores, pero él se

lo creyó. Parecía lógico que se hubiese celebrado, ¿no crees?

Zylda asintió.

—Sí, es cierto. Pero, ¿cómo explotó el globo? —quiso saber.

—Muy sencillo. Antes de bajar a la caverna, aterricé en su cúspide y dejé varias bombas allí. El explosivo se inflamó cuando Balkhan lanzó una potente emisión de energía. Con las emisiones normales, no hubiera sucedido nada, pero él pretendía matar de un golpe a todos los habitantes del planeta. Antes de que las radiaciones siguieran su camino, explotaron las bombas y sus estallidos cortaron la energía en el acto. Luego, lógicamente, se produjo el hundimiento de la caverna.

Zylda lanzó un hondo suspiro.

—Es el final de la opresión —dijo.

—Todavía queda el último capítulo —rectificó él.

Arne y Zylda se hallaban en la sala receptora de la estación transportadora espacial. De pronto, uno de los operarios hizo una señal.

—Atención, ahí viene —advirtió.

Los ojos de Arne se fijaron en la gran cabina de gruesos cristales, situada en uno de los lados de la sala. Había otras muchas, pero sólo una de ellas iba a funcionar en aquellos momentos.

Un intenso resplandor se produjo de repente en el interior de la cabina. A los pocos momentos, se materializó la figura de un hombre, lujosamente ataviado.

Vestía ropajes de púrpura y su corona de laurel era de platino, con diamantes, rubíes y esmeraldas. Era un lujo ofensivo, exorbitante.

El operario abrió la puerta de la cabina. Arne avanzó hacia el recién llegado.

—¿Dónde está mi procónsul? ¿Por qué no ha salido a recibirme? —chilló el emperador.

—Lúculo ha muerto —informó Arne.

—Hay otros oficiales que pueden sustituirle... ¿Quién eres tú?

—Arne Bickar.

—¿Nada más? ¿Qué títulos posees?

—Sólo soy un simple yissunita, pero con quien todos los demás están de acuerdo. Emperador, vuélvete por dónde has venido.

La cara de Heptarkus se puso roja.

—¿Quién eres tú para darme órdenes? Haré que te decapiten...

La mano de Arne se extendió hacia uno de los amplios ventanales de la estación.

—¡Mira, emperador!

Heptarkus volvió la cabeza maquinalmente. A través de los vidrios, pudo divisar un abigarrado conjunto de hombres, custodiados por otros que iban armados con lanzas, arcos y flechas. En lo alto, centenares de pájaros gigantes, tripulados por los guerreros yildushs, evolucionaban constantemente sobre el campamento de los legionarios prisioneros.

—Tus legiones han sido derrotadas. Yissus entero se ha alzado en armas. No queremos aquí más invasores. Te perdonamos a ti la vida y devolveremos tus soldados a sus cuarteles, pero vuestra opresión se ha acabado ya. Yissus es un planeta libre, entiéndelo bien de una vez, emperador.

—Dispongo de millones de soldados...

Arne sonrió.

—Tráelos aquí, si puedes, desde luego, y conocerán lo que es el sabor de la derrota. Los que sobrevivan, por supuesto. Pero será mejor que deseches tus planes de conquista. ¿Quieres seguir viviendo, emperador?

Heptarkus vaciló, amedrentado.

—Te quedarás aquí, en calidad de rehén, hasta que el último de tus legionarios haya abandonado el suelo de Yissus. Además, firmarás un tratado, comprometiéndote a no atacar más a este planeta y a indemnizar a sus habitantes en la forma y cuantía que se acuerde.

—Puedo negarme —contestó Heptarkus altaneramente.

—Te esperan las minas de platino, en donde trabajarás hasta que cedas a nuestras peticiones.

Sobrevino una pausa de silencio. Heptarkus, finalmente, hizo un gesto de aquiescencia.

—Firmaré —dijo.

Arne dejó a Heptarkus en manos de los yissonitas encargados de redactar el tratado. Fuera de la estación, se encontraron con un amigo que no tenía forma humana.

—Sube, Zylde —ordenó el joven.

Momentos después, Arne y Zylde cabalgaban a lomos de Utsakia.

—¿Adónde vamos? —preguntó ella, curiosa.

—A tu casa, si no tienes inconveniente.

Arne estaba detrás de Zylde, rodeando su esbelta cintura con una mano.

—El Gran Ojo te buscó un marido, pero no te gustó. ¿Qué te parece el que te he buscado yo?

—¿Dónde está? —preguntó Zylde.

—A tu lado.

Zylde echó la cabeza hacia atrás, para permitir que Arne la besara en la mejilla.

—Sabes elegir bien, Arne —dijo.

F I N